
3 1761 08714054 7





Perfiles femeninos

Recuerdos de París.

# OBRAS COMPLETAS DE EUSEBIO BLASCO

## TOMOS PUBLICADOS

I.—*Primeros y últimos versos*, con artículos necrológicos de nuestros mejores escritores. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

II.—*Una señora comprometida* (Novela). *Del amor y y otros excesos* (Artículos festivos). *Don Juan, el del ojo pito* (Novela inédita sin terminar, con un prólogo de Luis Taboada). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

III.—*Busilis* (Novela). *La ciencia y el corazón. Milord.* (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IV.—*Memorias íntimas.* Con un prólogo de Julio Burell y una posfación del Doctor Nicasio Mariscal. (Segunda edición). 3,50 pesetas Madrid, 4 provincias.

V.—*Impresiones de viaje.—La carta verde. La doncella práctica.* (Narraciones). (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VI.—*Mi viaje á Egipto. Mi viaje á Alemania.—El domingo de carnaval. Tres señoritas sensibles* (Narraciones). (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VII.—*La señora del* 13. (Novela).—*Cuentos alegres.* (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VIII.—*Notas íntimas de Madrid y París.* (Segunda edición) 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IX.—*La miseria en un tomo.* (Artículos y crónicas). *Cuentos y sucedidos* con un prólogo de Mariano de Cávia. (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

X.—*Arpejios.* (Poesías, con un prólogo de Jacinto Octavio Picón). *Noches en vela* (Poesías). *Teruel* (Recuerdos de viaje). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XI.—*Malas costumbres.* — (Apuntes de mi tiempo), 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XII.—*Flaquezas humanas*. (Escenas de la vida madrileña). *Ellos y ellas*. (Chistes y anécdotas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIII.—*Mis contemporáneos*. (Semblanzas varias. Primera serie) 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIV.—*Esto, lo otro y lo de más allá* (Apuntes, con un prólogo de Francisco Navarro y Ledesma). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XV.—*Poesías festivas.—Chistes y anécdotas*. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVI.—*Páginas íntimas*. (Crónicas—primera serie—con un prólogo de Antonio Zozaya). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVII.—*Los de mi tiempo*. (Semblanzas—segunda serie—con un prólogo de José Juan Cadenas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVIII.—*Todo en broma* (Crónicas — segunda serie — con un prólogo de José Nogales). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIX.—*Cosas de Francia*. (El modernismo en Francia.—París íntimo.—París por dentro. (Prólogo de Antonio Cortón). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XX.—*Teatro* (primera serie). — *Alta chulería* (Comedia inédita en dos actos en prosa).—*No la hagas y no la temas* (Proverbio en dos actos en prosa).—*¡Duerme!* (Monólogo en verso).—3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XXI.—*Escenas y tipos de Madrid* (Crónicas — tercera serie—con un prólogo de Angel María Castell). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XXII.—*Españoles y franceses*. (Semblanzas—tercera serie—con un prólogo de Manuel Bueno). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XXIII.—*Cuentos nuevos*. (Serie A.)—*Cosas raras*. (Crónicas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincías.

XXIV.—*Soledades*. (Poesías, con un prólogo de Juan Valera). 3 pesetas Madrid. 3,50 provincias.

XXV.—*Olores patrios* (Crónicas— cuarta serie— con un prólogo del autor).— *Versos nuevos é inéditos*, con un prólogo de Salvador Rueda. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XXVI.—*Perfiles femeninos*. (Semblanzas—cuarta serie).—*Recuerdos de París*, (Crónicas—quinta serie). Prólogo de Julio Burell.

---

Imprenta y Encuadernación de José Rueda.—Huertas, 58.

Es propiedad de los herederos de D. Eusebio Blasco.

S
3,644

OBRAS COMPLETAS

DE

# Eusebio Blasco

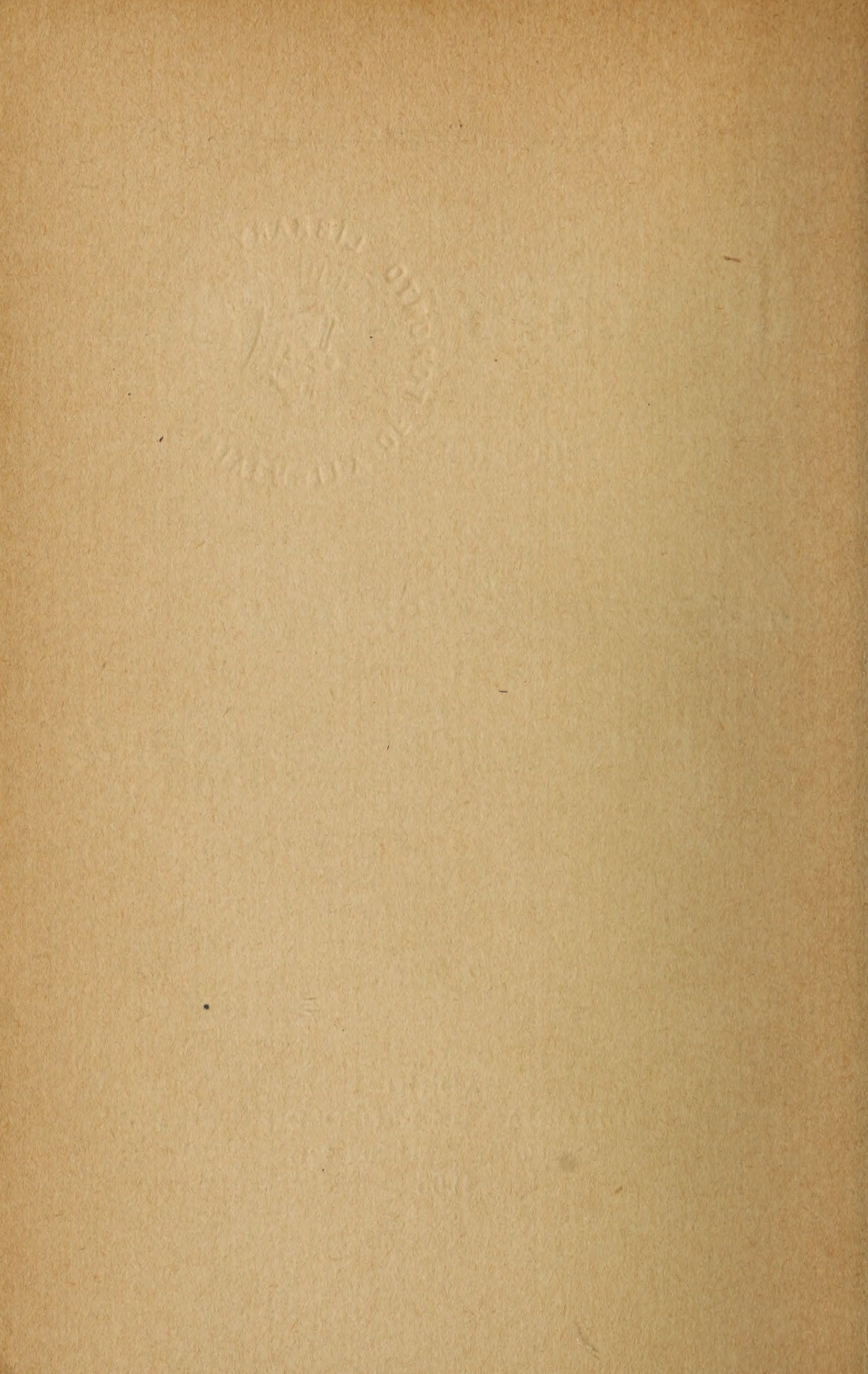
TOMO XXVI

# Perfiles femeninos

# Recuerdos de París

206191
5. 10. 26

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.—Teléfono 791.
1906



# Prólogo.

TENGO sobre mi mesa el volumen últimamente publicado. La piedad filial lucha contra todo posible olvido, y el leal amigo de Blasco—el público sencillo y bueno—responde á su recuerdo con el mismo amor con que siguiera al gran escritor en vida. Eusebio Blasco sigue presente á nuestra memoria y á nuestro corazón.

De su obra tenaz y verdaderamente porfiada, de su esfuerzo jamás contenido ni aletargado, de aquella asombrosa fecundidad con que redobla y acrecienta su parentesco espiritual con los supremos y clásicos artífices de nuestras letras, de aquel polvo de oro que su ingenio esparciera á diario sobre sus contemporáneos, queda en el fondo colectivo de la cultura social, en la sensibilidad estética de todos, algo definitivamente disuelto é incorporado, de modo que, aun borrosa la letra de molde, amarilleando el papel, vulgarizados los versos, y sin el

perfume de actualidad las crónicas, todavía se levantan en nosotros muchos sentimientos recordando cómo á la voz tierna, sanamente picaresca, amable, melancólica y emocional de Blasco, adquirieron el noble ejercicio de la simpatía para el bien, para la humildad, para la alegría sencilla y buena, para todo eso que no se encierra en jaula de oro y suele volar á campo libre, confiando en Dios, como los pájaros evangélicos.

*
* *

La personalidad de Blasco es múltiple, desbordante, extraordinaria en matices y en acción, como solían serlo aquellos españoles castizos que iban á la conquista de un mundo, peleaban en Flandes, discurrían sobre ciencia teológica en Salamanca, murmuraban en el Mentidero, satirizaban á Lerma ó á Olivares, creaban el teatro español, daban un monumento á la lengua con el *Quijote,* escribían al lado del *Buscón* la *Vida devota,* y entre aventuras, carcajadas y rezos, no dejaban día sin dar un golpe de cincel en la piedra dispuesta para erguirse como estatua.

Todas las cuerdas de la clásica lira fueron heridas de su mano; todas las inquietudes de su tiempo y de su raza pasaron por su espíritu. Dominó en el teatro; cultivó la poesía satírica; fué en la lírica un corazón versificado; caminó por el mundo, sino para conquistarlo como sus progenitores, para satis-

facer al menos la atávica inquietud de los paisajes nuevos y de las sensaciones extrañas. Pero yo he de ver en Blasco, ante todo y sobre todo, no al autor de un teatro á un tiempo elegante y popular, no al satírico del *Gil Blas* y *El Cronista*; no al poeta sentimental é insinuante de *Soledades*; no al fino cultivador del cosmopolitismo: he de ver en especial, y aun sencillamente, al periodista.

*
* *

En el periodismo ya casi antiguo, Lorenzana es la majestad; Fernanflor fué la gracia; Augusto de Figueroa, la idea pura y limpia, con el arte supremo para hacer, como la mujer griega, de una flotante túnica la mejor vestidura y de unas flores de myrto el más bello adorno de su tocado.

Eusebio Blasco fué la espiritualidad, la amenidad, el encanto, la rapidez fantástica del paso de un día, el eco de una voz que apenas se escucha y que, sin embargo, queda vagando melodiosamente en el oido; la evocación cosmorámica de esta, ya torpe, ya grotesca comedia de la vida; el recuerdo de las músicas que se alejan; el perfume de las rosas de Malherbe viviendo y muriendo en el espacio de una mañana. Como en la cinta del cinematógrafo modernísimo, en sus cuartillas iban reflejándose una por una nuestras penas, nuestras alegrías, el entusiasmo de una hora, el desmayo de la siguiente, la fiesta del salón, el dolor de la guardilla, la

tempestuosa sesión del Congreso, el malicioso palique del Casino, la cogida del diestro, la caída del Ministerio, la aventura ó la muerte de una celebridad europea y también la tristeza callada de cualquier átomo de la muchedumbre.

Pocos escritores dispusieron como él de la enorme fuerza que representa una publicidad semejante á la suya. Sin embargo, siendo magnífico por la imaginación y por sus gustos espirituales, apenas utilizó aquella fuerza.

En la aparente ligereza de sus crónicas no hay que detenerse, sino bajar al fondo de la labor contínua y total; generalmente, eran un lamento, una oración por los desgraciados, una invocación á la justicia para algún humilde, y otras veces eran un canto de resignación y de esperanza. No; no era su periodismo literario una mera manifestación del arte por el arte. Yo recuerdo de momento un suceso que muestra á plena y justa luz la figura moral de aquel escritor, aparentemente sin fiereza.



Un día encontrábame yo en la Redacción frente á frente de las cuartillas; mirábalas, no como en otras ocasiones, amoroso y complacido, sino desde luego como enemigas.

Encontrábame con ambas enervantes perezas: la del cuerpo y la del alma... Apremiaba la hora. Había que escribir... Apareció un criado con abultada

carta... La letra del sobre era bien conocida... Antes de romperlo llamé al regente: «—Listos; hay artículo de D. Eusebio Blasco...» y fueron al punto distribuídas las cuartillas... Al traerme las *pruebas* quedéme asombrado. El artículo era de franca y verdadera oposición al Gobierno y llevaba la firma del autor. Blasco acababa de ser nombrado para un alto y muy codiciado puesto oficial.

«¿Está usted loco?—le escribí.—He detenido el artículo, aunque para mí la contrariedad haya resultado tremenda.»

Blasco respondió: «Es caso de conciencia. Dé usted el artículo en el periódico, y suceda lo que Dios quiera.» Y el artículo se publicó, y como ello no podía ofrecer duda, al día siguiente apareció en la *Gaceta* la destitución de Eusebio Blasco.

... Su memoria ilustre, su noble y buena memoria, mantiénese resplandeciente y triunfadora en estos volúmenes; al través de ellos aparece el ilustre escritor con la frente, no inclinada sobre el polvo, sino alboreando como en la vida.

JULIO BURELL.

# MATILDE DIEZ

## ENTREACTO

### I

Los *dioses se van!* decían los antiguos; y en la etimología del arte escénico español casi pudiéramos decir... que los dioses se han ido. En el breve espacio de doce años hemos visto desaparecer á casi todos los dioses mayores; si quedan héroes, héroes por fuerza son, porque no hay otros. La muerte se fué llevando aquellos artistas notabilísimos que durante un cuarto de siglo conmovieron al público español en la escena de nuestros teatros, Romea, Guzmán, Ossorio, Arjona... *Sic volnere parcas* El gran Valero, como si hubiera querido guardar riguroso luto á sus hermanos en el arte, nos privó de su presencia por algunos años, y á su vuelta nos ha hecho despertar del engañoso sueño en que los herederos colaterales, no directos, de aquellos actores ilustres ha-

bían procurado adormecernos; y al oirle quisiéramos, como el personaje de Ayala, sobornar al tiempo.....

Más galante la muerte con las damas, ha respetado á las primeras de las compañías. Vive aún Teodora; vive Matilde; vive Elisa Boldun (1); existen, aunque retiradas, Bárbara Lamadrid, la Palma y la Hijosa..... De todas ellas, una solamente mantiene enhiesta la bandera de sus eternas glorias. Las demás abandonan su arte por temporadas más ó menos largas, se eclipsan, desaparecen, se casan ó se divorcian de la escena. La actriz de España, la que de largos años vive llamándose *perla de nuestra escena* en periódicos, libros y folletos, Matilde Díez, cuyo apellido, como el de Teodora Lamadrid, ha olvidado el pueblo para llamarla familiarmente por su nombre de pila, ésa no sabe vivir sin hablar en verso ó declamar en prosa: constante mantenedora de sus tradiciones escénicas, *esclava de su galán*, que ha sido y es y será el arte, á quien rinde fervoroso culto, pasa el día entero, consagrada á la escena; por la mañana ensaya, por la tarde enseña, por la noche representa, á última hora estudia; es á la vez actriz, profesora, artista y mujer; porque á fuerza de luchar con

(1) Después de escrito este artículo, Elisa Boldun se casó y se retiró de la escena, con gran pesar del público y de los autores.

el tiempo, á quien necesita rendir, le ha rendido, y él la respeta y ha hecho pacto de no correr para ella. «Créalo usted, Duquesa, Matilde es un sér excepcional.....»

Estas observaciones hacíamos una noche en el fondo de un palco, donde varios admiradores de Matilde Díez nos abrumaban á preguntas, suponiéndonos bien enterados de lo que pasa detrás del telón.

—Puesto que se permite usted el lujo de ser á la vez autor de comedias y cronista madrileño, díganos algo que nos interese más que la boda, el baile, la defunción y el bautizo. Háblenos usted de lo que conoce y nosotros ignoramos; cuéntenos algo de la vida de Matilde Díez.

—¿Y por qué no? Tal vez no me comprometiera á hacer una biografía; pero en cuanto á la vida y milagros de muchos contemporáneos, no hay inconveniente.

—Aproveche usted, pues, el entreacto: sepamos algo de la gran actriz.

—Convenido.

## II

Matilde Díez es madrileña; nació.... ¿qué importa cuándo? Viéndola hacer una comedia de costumbres se puede suponer que nació hace veinte años; además, hablar de la edad de una

mujer es siempre una inconveniencia. Maiquez aprovechó en un año los pasaportes de tres amigos de edad diferente, y siempre convenció á la autoridad de que cada uno de aquellos documentos era el suyo.

Matilde Díez es hija de una hidalga familia; su padre era un hombre demasiado liberal para lo que entonces se permitía; por liberal le desterraron á Portugal y no pudo ver la primera salida de su hija á la escena. Tenía entonces Matilde *nueve años*, y firmó su primer contrato. Un contrato originalísimo, en el que se obligaba á representar..... *¡niños de ambos sexos!*

Con sus nueve años y su precocidad sin igual estrenó en Sevilla—fué el primer teatro de sus triunfos—un monólogo titulado *Mariquilla la golosa.* Demostró en él tales disposiciones cómicas, que cuatro años después escribía D. Juan Nicasio Gallego para ella un drama que se llama *Cristina, ó la reina de quince años.* La niña actriz hizo su drama maravillosamente, como una mujer hecha y derecha. Observo una risa de extrañeza en los que me escuchan. Pues sepan que un año antes, es decir, á los doce, había representado en Cádiz, en unión del famoso Luna, el celebérrimo drama *La Huérfana de Bruselas*, con extraordinario asombro del pueblo gaditano.

Y cuentan sus contemporáneos que era entonces la actriz de una belleza tal, como revelan

hoy las facciones de la mujer, y que pudo haber salido una noche y repetir, como si para ella se hubiese escrito, aquella *xácara* que en la antigua compañía de Olmedo cantaba la famosa *Antonia Infante,* pintándose á sí misma, porque era:

De miradura matante,
Venenosa y basilisca,
Tanto, que si algún pobrete
De mirarla se descuida,
Dice, sin ser escribano,
De mis ojos cada niña:
Doy fe de que aquí pasó
Esta muerte repentina;
Y es tanta la mortandad,
Que porque mi bizarría
Tenga que matar mañana,
Hoy me recojo de vista.

*La Huérfana de Bruselas* fué durante cuatro ó cinco años su obra favorita, y en la que el público descubrió ya á la gran artista que así había de interpretar lo sublime como lo cómico. A diferencia de la generalidad, Matilde no comenzó por marcar lo que en la jerga teatral se llama *la cuerda*. En Matilde todo iba á ser *de su cuerda,* el drama, la comedia, lo sentimental, lo risible. Salía el sol nublado desde la desaparición de la Rita Luna.

Hizo por entonces en Cádiz un drama llamado *La niña abandonada*, y una escritora, de la

cual no hemos conservado el nombre, le escribió un soneto, famoso en los fastos teatrales. Romea decía mil veces, repitiéndolo: ¿se puede sentir mejor con peores consonantes? Ventura de la Vega lo encontraba *delicioso*. Trataré de recordarlo:

La historia de una niña desgraciada
Otra niña llorando repetía,
Y la sensible Gádes la atendía,
llorando en su dolor equivocada.
Y ella misma lo fué: ¡yo abandonada!
La joven Díez sintiendo lo decía,
Y al rigor de su ardiente fantasía
Cayó sobre una piedra accidentada.
¡Esto más! gritó el pueblo enajenado,
Temiendo el fin de su preciosa vida,
Con grave sentimiento penetrado;
Pero no la hizo daño la caída,
Y levantóse luego, en feliz hado,
Porque encontró la piedra enternecida (*).

Matilde vino á Madrid en el año 1834. La fama de sus primeros triunfos era ya celebridad, y el público la expresaba. *La Huérfana* fué la obra que eligió para su primera salida. La representación se interrumpió varias veces. Acabado el drama, la joven actriz volvió á aparecer en la escena para hacer un sainete, *Los*

(*) Este soneto se publicó en el *Diario Mercantil* de Cádiz; 1832.

*Tres Huéspedes burlados.* Desde aquella noche la actriz fué ya el amor de Madrid. Fué ya la indispensable, la amiga, la parienta; fué hasta hoy... *Matilde.*

¡Qué época aquélla! Los Echegaray abundaban. Se usaban las pasiones estrechas y apretadas como los corbatines. Larra y Monreal se suicidaban; Martínez de la Rosa y Galiano, fomentaban la pasión por la elocuencia, mientras Latorre y la *Jerónima* sacaban de juicio á los espectadores de la Cruz y del Príncipe. Era el tiempo de la *Fontana de Oro* y de los bailes de Villahermosa; todo era exagerado, todo tendía á lo sublime y todo era español, desde los romances del Duque de Rivas hasta el toreo fino del *señor Montes.* Asusta la lectura de los poquísimos diarios de entonces, que dan cuenta de las obras que ofrecían los teatros, verdaderas galerías de espectros y sombras ensangrentadas. ¿Queréis oir los títulos de las obras en boga? *El Verdugo de Amsterdam, El Colegio de Tonington, Catalina Howar, Margarita de Borgoña...* Todas las ha estrenado Matilde Díez en aquel teatro de la Cruz, cuya demolición hizo derramar lágrimas á Romea. La *Clotilde,* de Federico Soulié, proporcionó, entre otros varios, un triunfo extraordinario á la actriz sin rival. Los periódicos de aquella época llenaban columnas enteras dando cuenta de él. Y no por eso dejaba de hacer las delicias del público como actriz cómica. A la

vez que estas obras, estrenaba *El Poetastro*, *El Pilluelo de París*, *El Arte de conspirar* y otras varias.

Comenzó por entonces á susurrarse que un joven actor, á quien el público había recibido de una manera notable una noche al verle ejecutar un papel secundario, rivalizaba en talento con aquella reina de la hermosura y del arte, y pretendía nada menos que llamarla suya, no por los violentos medios que pedía el romanticismo al caso, sino por el más honesto y cristiano camino.

Este actor, que se llamaba Julián Romea, no tuvo paciencia para esperar á que la señorita Díez, como ahora se diría, volviese de Barcelona, á donde había ido á obtener nuevos laureles el año 1839, y á distancia de 100 leguas y pico se casaron por poderes. Boda feliz, esperanza risueña para el arte, acontecimiento fausto para las letras. Recién casados fueron á Granada, á donde los siguió la mirada envidiosa de la opinión, que admiraba en ellos todas las dichas juntas; recorrieron la Andalucía pisando flores, y al año siguiente volvieron á la corte, donde los autores dramáticos les tenían preparadas las obras á docenas.

En menos de dos años estrenaron tal número de composiciones dramáticas, que sería imposible recordarlas. Malas y buenas, todas han quedado consagradas como notables; dieron valor

en mil ocasiones á lo que apenas lo tenía, y crearon papeles, reputaciones y géneros y escuelas.

Por entonces comenzaron á ser los ídolos del público dos autores, para quienes fueron siempre desconocidos los fracasos. Estos autores se llamaban Vega y Rubí. Matilde y Julián les hacían cuanto les llevaban, y probaron entonces que no hay drama bueno sin cómico que lo interprete, y que á veces el talento de un artista puede duplicar el valor de las obras. *Cecilia la cieguecita, Doña María Coronel, Guzmán el Bueno, Amor de madre, A muerte ó á vida* ó *La Escuela de las Coquetas*, todas estas obras y otras más han constituído el repertorio de Matilde Díez durante muchos años. *La Escuela de las Coquetas* es, sin disputa, una de sus grandes creaciones. No se puede interpretar mejor un carácter. Cuando el año 1840 la hizo en Sevilla, produjo un verdadero frenesí.

Un diplomático extranjero, apasionadísimo del teatro, escribía como corresponsal á un periódico parisién: «He visto aquí á una actriz, delicada como mademoiselle Mars, enérgica y vehemente como mademoiselle Duchernois, hermosa y noble como mademoiselle Georges.»

Veintitrés noches seguidas hizo el año 1844 *La Rueda de la Fortuna*, de Rubí, cosa casi nunca vista desde el siglo XVII, en que se había hecho trece consecutivas una comedia del maltra-

tado Montalván; y al año siguiente obtuvo más éxito aún la segunda parte del drama, en que autor y actriz *alborotaron*, como se dice entre bastidores.

El 45 estrenó el drama de Gil y Zárate *A un tiempo dama y esposa:* en él recibió Matilde su primera corona. El autor le dijo:

Joya preciosa de la hispana escena,
Que un pueblo todo entusiasmado admira,
Y que al són de tu voz, que le enajena,
Sensible llora ó de placer delira,
Sin duda que al nacer, dulce sirena,
Para este encanto, que tu ciencia inspira,
Su fuego le robaste al firmamento,
Y al eco de los ángeles tu acento!

El año 1846 estrenó *El Hombre de mundo*. ¿Será preciso hablar de esta obra? ¿Será preciso recordar... Pero ¿quién no ha oído á Matilde hace cuatro años no más representar esta comedia lo mismo que hace treinta y uno?

Observo que se me mira con ojos impacientes. Mi catálogo de obras y fechas no ha sido amenizado con ningún hecho curioso. Hé uno:

Fué Matilde á Málaga, y dió un corto número de representaciones; en la última tenía pensado acabar la función y meterse en la diligencia para volver á Madrid; pero el público se opuso á esta precipitación; la salida del coche se demoró por cinco horas, sin que ni la empresa ni los viajeros protestaran, y al terminar la fun-

ción, el público en masa fué á la casa de postas á despedir á la artista, que subió al coche en volandas. «¿Qué dejáis para Cristina?», exclamaba un apasionado de la Reina gobernadora.

A poco recorría todos los teatros de España. Fundóse el Español, y tuvo en él el primer lugar. *El Liceo* dió una velada en su honor, donde leyeron versos todos los poetas de la época. La sección de Pinturas le ofreció un álbum, cuya primera hoja llenaba el pincel de D. Vicente López. Faltábale un honor digno de aquel tiempo, algo que no se hubiera hecho con nadie, y se la nombró actriz de cámara. A poco salió para América.

La Habana, Santiago, Trinidad, Cienfuegos, Puerto-Príncipe la recibieron... como si no fuera española. Méjico no quiso privarse de la vecindad de la gran actriz, y á Méjico pasó á conquistar nuevos laureles; su permanencia en América duró hasta el año 1859, en que Madrid la volvió á ver en la escena del teatro del Circo.

A partir de esa época nada nuevo puedo referir que Madrid no sepa; la gran actriz ha sido constantemente la admiración ó el regocijo de cuantos aman el teatro. Así como por otros no pasan días, por Matilde *no pasan noches.*

Es siempre colosal, siempre extraordinaria. ¿La véis hacer hoy el drama de Echegaray? Mañana la veréis hacer la comedia de Serra. ¿Os conmueve en el *Amor de madre?* Dentro de

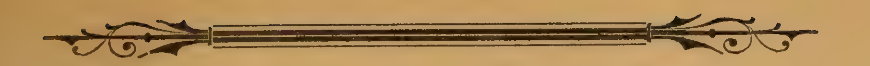
poco os hará reir en *La Capitana Canela*. Tan pronto la veréis en el lindo teatro de la Condesa del Montijo representando una pieza *ad hoc*, como en su cátedra del Conservatorio haciéndonos el inapreciable favor de educar las futuras actrices. Ya sé lo que se me va á preguntar. ¿Cómo es? ¿Su trato... sus aficiones... sus frases?...

Su cuarto no se parece al de las demás actrires. Es más grande; recibe en él á sus amigos literatos ó artistas, y está siempre rodeada de ocho ó diez individuos de la familia. A su lado hay siempre amores. Tiene la monomanía matrimonial. Quiere que todo el mundo se case. Adora á los suyos. No murmura. Sabe de todo. El traspunte la sorprende, cuando viene á llamarla para la escena, hablando de la guerra turco-rusa, ó de la literatura francesa, ó de la política española. No es petulante, pero se la puede hablar como á un literato, como á un artista, como á un diputado conservador. Impone respeto, porque es grave sin ser espetada. Inspira cariño, porque es afable sin ser dengosa. En los estrenos es valerosa; el peligro la embravece, el éxito no la marea. Sus amigos son muchos; sus parientes, infinitos; sus admiradores, todos. Es propietaria; tiene una casa de campo en Barcelona y un solar en el barrio de Salamanca. Posee un caudal en trajes, alhajas y coronas. Le cunde el tiempo, porque, como he

dicho antes, lo ha detenido. Lo que no sabe, lo presiente. «El gran mundo, me decía una noche, es un baile de máscaras.—Eso decía Marmontel, le dije.—Pues me alegro mucho, contestó, porque yo no lo sabía.» De su generosidad no hay para qué hablar: yo le dí un *Pañuelo blanco*, y me lo devolvió al mes lleno de monedas de oro.

En una palabra, Matilde Díez, como todos los personajes extraordinarios, tiene el dón de imponer silencio á todo el mundo cuando comienza á hablar, y yo debo terminar aquí mi relato; el telón se levanta, el acto comienza, yo he cumplido lo prometido, Duquesa. Señores... quedamos en que Matilde Díez, como la Baltasara, como Amarilis, como María Lavenant, como Rita Luna, como Miss Odefiel y como Adriana Lecouvreur, no morirá nunca.

---



## TEODORA LAMADRID

La distinción natural, la elegancia, el gesto, las maneras de aquella gran actriz, ya perdida á quien dos generaciones han llamado Teodora Lamadrid, denunciaban en ella á la gran señora.

Y sin embargo, pocas personas supieron ó sabrán que lo era, y que nació en muy buenos pañales.

Su verdadero nombre era Teodora Herbella. Y Herbella se llaman todos los Lamadrid, muertos y vivos. Es una generación de artistas que comenzó en Bárbara Lamadrid y aún dura en doña Carlota Lamadrid, esposa de D. Enrique Sánchez de León.

Muy grato es para mí ocuparme hoy en la semblanza de la actriz que con tanto arte ejecutó comedias mil; y además, era mi paisana, porque Teodora Lamadrid nació en Zaragoza el año de 1821.

Sus padres eran nobles, y aún no habíamos llegado en España á los dichosos tiempos democráticos en que vivimos y en los que no hay ya aquellas diferencias de castas, profesiones, artes y oficios que por aquel entonces había. Hoy vemos con placer á nobles y futuros grandes de España conquistar legítimas glorias en la escena, siendo más útiles al arte de su país interpretando las obras inmortales, que lo serían en la aristocrática holganza de los que no trabajan.

Los padres de Bárbara y Teodora Herbella eran nobles y pobres; vieron en sus hijas vocación de artistas, les dejaron rendir culto al arte, pero les cambiaron el apellido. No tuvieron en esto más culpa que nacer en épocas de atraso, hoy no lo hubieran hecho.

Había en la familia del padre un Lamadrid, abuelo ó tatarabuelo, y este apellido escogió para sustituirlo en cabeza de las hijas por el suyo. No se figuraría entonces que el nombre de Herbella había de quedar obscurecido y olvidado, y que el nombre de Lamadrid sería inmortal en los anales del arte dramático.

Bárbara Lamadrid fué la hermana mayor y la primera que se dedicó al teatro, al que tuvo tal afición hasta los últimos años, que aún la recuerdo, ya vieja y obesa, en una función extraordinaria que se hizo en Madrid, y en la que representó *El Sí de las Niñas* con tal arte que con-

tó las escenas por las ovaciones. No alcancé de ella más que eso, porque cuando yo empecé mi vida literaria ya Bárbara Lamadrid se había retirado.

Estando, pues, Bárbara actuando en Sevilla el año 29, célebre por haber sido el que nuestros padres llamaron *el año de los hielos*, salió Teodora á representar un papel de niña. Tenía entonces ocho años y ya se vió que sería artista, y el público le aplaudió á tal punto, que D. Juan Grimaldi, aquel extranjero tan español y á quien tanto debe nuestro teatro, y que era director de la compañía, hizo traducir expresamente varias comedias francesas en las que había personajes niños, y de este modo consiguió que la infantil actriz tuviera un repertorio en poco tiempo y en él se ejerciera y perfeccionara. Y así resultó que en 1832 pasó á Madrid, contratada por el Ayuntamiento, que era entonces propietario y administrador de los teatros del Príncipe y de la Cruz.

Se casó muy joven (apenas tendría diez y seis años) con un profesor de canto italiano muy querido y popular en Madrid, llamado Basily, hombre de mundo, muy mundano, como ahora se dice, estimadísimo en los salones madrileños de entonces.

Al fundarse el Teatro Español por iniciativas de Grimaldi y protección y patriotismo del conde de San Luis, Teodora fué contratada como

dama joven. Y ya desde entonces su larga carrera no fué sino una serie de triunfos escénicos.

Ella fué la que estrenó con Valero *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, y *El Trovador*, de D. Antonio García Gutiérrez, y le cupo la gloria de sacar *por la primera vez*, desde que hubo teatro en España, á un autor á la escena.

Con aquellas dos obras se pasó la empresa casi toda la temporada; de manera que el público, viendo todas las noches á la actriz favorita y viéndola adelantar cada día más, le tomó ese cariño de familia que se establece y se agranda entre los artistas y el público. Y el año siguiente ascendió á primera dama, como entonces decían y fué al teatro de los Basilios, ya desaparecido, teniendo de primer actor á D. Joaquín Arjona.

Desde aquella fecha, y durante treinta y tantos años, Teodora Lamadrid *creó* los papeles más importantes de las obras más célebres del repertorio moderno. Estrenó *Adriana de Lecouvreur*, una de sus grandes creaciones, *La ley de raza*, *Locura de amor*, *Lo positivo*, *La campana de la Almudaina*, y llegó al summun de su popularidad cuando en aquel verano que se llama en los teatros *el del Tanto por ciento* por haberse prolongado la temporada todo el estío en vista del éxito, interpretó la comedia de Ayala de un modo maravilloso. Nadie más que ella ha hecho aquel segundo acto con inspiración increíble.

Tenía el culto del poeta á quien interpretó, le dedicó todo su arte escénico y los mejores años de su vida. Era mujer apasionada y sentimental, y cuando amó, amó hasta el fin y supo sacrificarlo todo á su amor, sin faltar á ningún respeto.

De Basily tuvo una hija que era su adoración y que fué víctima de amores mal correspondidos que le costaron, á vueltas de mil amarguras y sordos tormentos, la vida. La última obra que Teodora estrenó é hizo siempre con arte sin igual, fué aquella comedia mía que se llama *El baile de la condesa,* y en la que dió valor á escenas y aun á palabras en que yo no había pensado.

Después se retiró á llorar á la hija perdida. Fué de las que saben cuándo llega ese momento en que un artista debe retirarse antes de que el público se enoje y se vuelve contra él al verle empeñado en no envejecer nunca. En la equivocación de querer ser siempre jóvenes han caído muchos artistas célebres y todos lo han pagado caro. Teodora Lamadrid no fué de esas, se despidió á tiempo y quedó para el público consagrada como actriz clásica.

El Gobierno le dió una cátedra en el Conservatorio de Madrid; y aquella hermosura de antaño pasó á paternal maestra, y aquellos cabellos negros de la gloriosa juventud se pusieron blancos y la artística cabeza de la profesora hizo revivir el recuerdo de sus primeros años. Pare-

cía una duquesa, una dama noble de la época de Luis XV.

Tristes, muy tristes, fueron sus últimos años. No hubo pena que no la atormentara. Todas sus economías las perdió en malos negocios. ¡Qué saben de negocios los artistas! Acciones, obligaciones, inmuebles, administrados por los que viven en un mundo ideal... No puede ser, la ruina vino, y á la vejez, Teodora tuvo que reducirse; y allá en los altos de la Castellana primero y en la plaza de Oriente después, acabó sus días rodeada de parientes y amigos cariñosos que la veneraban como á un Dios, y con sólo hablar con ella aprendían muchas cosas, porque era mujer ilustradísima y de un buen gusto exquisito.

Su voz era dulcísima, su porte elegante sobre toda ponderación. Había en sus gestos, palabras y movimientos una apariencia de timidez. de comedimiento, de ternura íntima, que la diferenciaba de todas las actrices de su tiempo. Con tonos melifluos y palabras tiernas atraía. Se la respetaba mucho en los teatros, y en esa vida íntima que hacen los actores, *Doña Teodora* tenía la consideración de todos y se la obedecía como á señora.

Señora nació, señora murió, señora era cuando hacía la reina doña Juana de *Locura de amor*, y señora cuando increpaba á las nobles en *Adriana*; señora en *Lo positivo*, *condesa* en *El baile*;

pero también supo hacer una villana honesta y afligida como ninguna en *El alcalde de Zalamea*, y una manola de rompe y rasga en los sainetes de Don Ramón de la Cruz. Sobre que no basta tener talento, hay que tener genio, y teniendo genio se hace bien *todo*.

---

## LA HIJOSA Y SU TIEMPO

En *illo tempore*... reinaba en el teatrito Variedades el gran D. Julián Romea.

Allí comenzó la Hijosa su carrera.

D. Antonio Pizarroso comenzaba á ser ya *decano* de los actores. Caltañazor hacía las delicias del público en la Zarzuela. Florencio Romea al lado de su hermano, era un caballero que hacía segundos galanes. Y Navarrete, D. Ramón de Navarrete, ese que véis ahí tan joven y tan guapo, es el *Asmodeo* muerto el año pasado, más de vejez que de enfermedad. *Senectas ipsa est morbus*, dijo el latino.

De todos aquéllos ya no queda ninguno. ¡La Hijosa ha sido la última en irse de este bajo mundo, tan ingrato para todos los que vienen á él, y más ingrato aún para los cómicos, que se llevan con ellos la inspiración, la voz, la figura, los gestos y los ademanes!

Tal y como hoy la presentamos era entonces. Una madrileña chiquita y bonita, con unos oji-

llos vivos y de mirada penetrante; resuelta, avispada, dicharachera, muy lista, muy de la tierra, como nacida en el corazón de Madrid, en la calle del Príncipe, á dos pasos del teatro de donde partió su féretro hace ocho días, coronado de flores.

¡Cuán cierto es que el arte del teatro no se aprende!

Cierto es que la Pepita Hijosa estuvo en el Conservatorio, y que salió de allí con un premio. Pero la *inspiración cómica*, la más difícil de todas, esa no se aprende en ninguna parte.

La Hijosa comenzó á llamar la atención del público con palabras sueltas, con frases, *con gestos*. En una pieza cualquiera se hacía aplaudir con entusiasmo, aunque la pieza fuese muy mala. En una obra donde la daban un papel insignificante, lograba que el público se fijara en ella, olvidando á los que hacían primeros papeles. Ese es el secreto del arte del cómico. Ningún profesor puede enseñarlo.

En aquellas primeras piezas que se llamaban *Pepita*, *¡Pobres mujeres!*, hizo ganar á los autores mucho dinero por la manera de decir los versos. Madrid comenzó á tomar gran cariño á la Pepita Hijosa; su nombre llevaba la gente al teatro. De Variedades pasó al teatro Español el año en que D. Miguel Vicente Roca tomó la dirección y empresa de aquella casa.

¡Qué época aquélla! Perdonen al que va para

viejo que se recree recordando aquellos actores que rodeaban á D. Julián Romea en el teatro de Variedades: la Carmen Berrobianco, la Espejo, la Felipa Díaz: las tres elegantes, bonitas, distinguidas. La Orgaz, que era la primera característica de su tiempo. El concienzudo Oltra, Florencio Romea, Ricardo Morales; y para alegrar al público, la pareja salida del Conservatorio, Emilio Mario y la Pepita Hijosa. Entre la comedia y la pieza bailaba la *Nena* que era una hermosura.

La Hijosa salió de aquella casa para ser la primera graciosa de España. La mató su carácter, que era el más extraño y original que darse pueda.

Tan pronto cómica notable y tan pronto devota y santurrona; ora mujer de casa, ora bohemia desordenada y rebelde en toda vida tranquila.

Su carácter variaba cada seis meses. Su matrimonio con Ricardo Morales tuvo alternativas de bueno y de malo, porque la *Pepita*, independiente y bohemia, tan pronto parecía la más casera y hacendosa de las mujeres, como salía de pronto de su hogar para divertirse como le diese la gana, porque el artista es así: desigual, desordenado, sentimental, *neurótico*, como dicen ahora...

Sus eclipses eran famosos en el mundo de los teatros. A lo mejor desaparecía y no volvía á

saberse de ella en seis meses. Eran unas crisis durante las cuales tenía horror del público, de la sociedad, y se ocultaba.

Algo de eso le ha sucedido también á la célebre actriz francesa Judic, y alguna vez lo he recordado.

Era un gran talento y un gran temperamento de actriz. En la *Puerta del cuartel*, de Narciso Serra, hacía una *golfa,* como dicen ahora, que se comía un tomate crudo, y por verla comer aquel tomate se podía pagar á doble precio el asiento. No se sabe cómo podía sacar á veces efectos grandes de una sola palabra. En una comedia mía, entraba en escena preguntando por su marido y decía:

—¿Está ahí ése?

No pude yo imaginar que esta frase pudiera arrancar un aplauso. Y, sin embargo, al decir *ése,* la sala entera reía y aplaudía.

Con la Hijosa desaparece el último resto de un arte hoy tan decadente como todo lo demás de esta decadente España de fin del siglo diecinueve.

11 Marzo 1899.

*
* *

Era chiquita de cuerpo, el pelo negro, los ojos muy vivos, chulapa de la tierra, con cada *salida,* que arrancaba la carcajada del que la oía. Muy

graciosa en la conversación, muy lista, de comprensión rapidísima, nacida para la escena, donde muy pronto se conquistó el favor del público. Fué al teatrito de Variedades al lado de D. Julián Romea; en aquella compañía comenzó á par de ella su carrera Emilio Mario, que había estado en el Conservatorio con la despejada muchacha.

Ahora vemos en la casa de Lope de Vega, dos ó tres actores notables rodeados de aficionados de buenas casas. Entonces, Roca reunió á todos los grandes actores de la época, como podría hacerse ahora. Romea, Valero, Pizarroso, Mariano Fernández, Mario, Zamora, Alisedo, Morales; Teodora Lamadrid, Elisa Boldún, Balbina Valverde, Cándida Dardalla, Pepita Hijosa...

Con este cuadro inauguró la temporada, poniendo en escena *El alcalde de Zalamea* como ya no se verá más. Se puede estar orgulloso de haber vivido en aquel tiempo en que el arte era arte, y una generación entusiasta lo sentía y lo aplaudía.

Aquella noche Pepita Hijosa, haciendo *La bolichera,* sacó tales efectos al papel é hizo tales primores, que obtuvo en su papel cómico tanto éxito como Teodora en el suyo dramático. Y desde entonces comenzó para ella la serie de triunfos que la colocaron á tan grande altura.

Para los autores era una verdadera mina. Narciso Serra encontró en ella el mejor intérprete posible. Se iba á ver hacer á la Hijosa el sainete *A la puerta del cuartel* como á ver á Teodora hacer *Locura de amor* ó *Adriana Lecouvreur*. La mitad de mis éxitos de aquella época se los debí á ella, y para ella escribí diez ó doce comedias en las que, con talento genial, agrandaba las situaciones y las frases y las intenciones; ¡qué artista tan grande! Y cuando Roca la lanzó á hacer género serio demostró tener de sobra condiciones para ello. ¡Sobre que el que tiene mucho talento sirve para todo!

Un verano, allá por los años de setenta y seis al setenta y ocho, fuí con mi familia á Santander, donde se me puso muy mala una niña. Los médicos me aconsejaron llevarla á otra parte. Nos fuimos á Liérganes, donde mi niña se murió.

Y en Liérganes, que era entonces pueblo frecuentado por poquísima gente, me contó el patrón de la casa donde vivíamos, que en la de enfrente, en un piso que no tenía más que una ventana que daba junto de la montaña, á dos metros de la montaña misma, había una señora de Madrid que *era santa*. No salía de casa más que para ir á misa de alba, se encerraba luego, no veía á nadie, y había dicho que si alguien preguntaba por ella, dijeran *que no era ella*, y que no entrase nadie.

Era la Hijosa.

Rompiendo la consigna la ví, y me la encontré rodeada de rosarios, libro de oraciones y tiras de cañamazo que bordaba á diario.

Aquellas aficiones ó ataques de misticismo le repetían de vez en cuando, y devota y santurrona ha acabado su vida.

De vuelta de aquel viaje estrenó el *Día completo* en el teatro de Apolo, que tomó en arriendo su marido. Después volvió á irse del lado de Morales, luego reapareció en la escena de Madrid; por último, hizo un chapuzón de muchos años, y se decía que iba por ahí muy astrosa y rezando por las iglesias...

María Guerrero la ayudó á vivir. Se le hizo ajuste en el Español, donde apenas ha trabajado. Estaba achacosa, desanimada, vieja. No sé á punto fijo su edad, pero de los sesenta pasaba.

Era la última personificación de aquella generación de actores que no conocieron el género chico y vivieron para rendir culto á un arte que parece que desapareció con ellos.

*La bolichera, La mujer de Ulises,* la de *A la puerta del cuartel,* la de las fotografías humanas; aquella que representaba con el corazón y no con la cabeza. Un alma muy grande en un cuerpo muy chico...

¡Pobres actores!

No dejan nada. A partir de hoy se sabrá como

era la Hijosa, por lo que contemos nosotros, los que la vimos...

Pero su nombre no morirá; del montón inmenso de cómicos que desaparecen para siempre, quedará este apellido madrileño, quedará siempre un eco de lo que fué la Hijosa.

17 Marzo 1899

---



# ROSITA MAURI

Parece que no, y el baile tiene una importancia grande en la vida de los pueblos.

Desde que el mundo es mundo, el hombre ha bailado. Ya para celebrar victorias, ya para celebrar sacrificios, en días de bodas, en horas de expansión, ya llevando de un punto á otro el arca de la alianza, en lo antiguo, ya oyendo los cañonazos del enemigo, en lo moderno, la humanidad baila y bailará, digan lo que quieran los que protestan de que se baile.

Y de entre los millones de habitantes del globo que bailan todos, lo mismo los salvajes del Zululand que los socios del Casino en las playas de moda, surge de cuando en cuando una notabilidad coreográfica, que unas veces se llama *Lola Montes* y llega desde la condición más vulgar á las gradas de un trono y gobierna y hace revoluciones, y otras se llama la *Otero*, pasean-

do por Europa su garbo y su gracia en el bailar, y de humilde paisana gallega pasa á ser celebridad contemporánea europea.

Las bailarinas célebres han trastornado todas las cabezas; por dar gusto á una de ellas manda el tetrarca que le corten la cabeza á San Juan Bautista y se la presenten en un plato á la madre de la bailarina. La *Guy*, la *Cerrito* (que aún vive) recorren Europa triunfadoras y dan más que hablar á los escasos periódicos de su tiempo que los hombres de Estado y los asuntos internacionales. Y en esta España que ha dado al mundo celebridades de todos los géneros, desde aquellas que bailaban zarabandas y chaconas hasta las que luego se llamaron la *Nena*, la *Petra Cámara* y hoy se llaman á centenares la *bailaora* de tal ó cual centro de diversión pública, nació la que en este siglo debía ser la más famosa y celebrada. Cataluña es su patria y Reus su pueblo nativo, y en el mundo entero la conocen. Le llaman la Rosita Mauri.

Como de costumbre, nadie se enteró en su país de que sabía de lo suyo más que ninguna de sus contemporáneas. Lo mismo sucedió con Sarasate, de cuya existencia y notoriedad nos enteramos los españoles cuando Europa lo había ya aclamado como el primer violinista de su tiempo. Somos así. No le damos importancia al conciudadano que sobresale, más bien se la quitamos. Se va al extranjero, y el extranjero nos

dice quién es aquel que huyó de su país aburrido, deprimido y achicado por sus propios compatriotas. Por dibujante vulgar pasaba aquí el gran Urrabieta Vierge, que se fué á París despechado, y allí ganó cerca de un millón en pocos años y se le reconoció más talento que á nadie. Triste condición la del español, esta que consiste en mirar con ojos envidiosos al que puede dar gloria á su patria, y padecer constantemente la tristeza del bien ajeno.

Rosita Mauri comenzó á bailar siendo muy niña; hija de honrados catalanes que confiaban en su talento (porque hasta para bailar se necesita), porque ya veían que había nacido para aquel arte, mucho más difícil de lo que al bailarín vulgar se le figura. Que en esto del bailar hay también su vocación y sus grados de habilidad.

Prueba de ello fué el cambio que se operó en la vida de Rosa Mauri al pasar de España á Francia. Aquí ganaba un modesto sueldo de cuatro ó cinco pesetas, y los espectadores de Barcelona, Tarragona ó Palma de Mallorca, no le daban importancia, al verla entre la comedia y la pieza, á su habilidosa paisana.

Pero al llegar el año de la Exposición, ó sea el 78, á París, y al ser presentada á M. Halanzier, director de la Opera á la sazón, le reconoció aquél todas las cualidades artísticas que tenía y la puso al estudio en la Academia de bai_

le de aquel teatro, que es á la vez Academia Nacional y en él se enseña á cantar y bailar á la perfección. Es decir, que el que lega á aquel primer teatro lírico de Europa sabiendo algo y con condiciones de poder saber y ser más, allí aprende y se perfecciona, porque en la casa ni se conoce la envidia, ni se le dificulta la entrada á nadie, y se le reconoce su mérito al que lo tiene, venga de donde venga. Que esta es la ventaja de París sobre todas las ciudades de Europa, acoger al que vale y aprovecharle en beneficio del arte, ciencia ó profesión á que se dedica. París levantó á Rosita Mauri bailarina, como á Fortuny pintor, á Ivo Bosch banquero, á Vierge dibujante, á León y Castillo diplomático, como antes había dado gloria inmortal á Orfila y luego puso el nombre de Velázquez á una calle.

Poco tiempo necesitó la Mauri para adquirir ese buen gusto que París infiltra en todos los que en él viven. Si llegó bailarina española pura, salió de la Academia bailarina francesa sin perder su carácter español. En esto consistía su gracia, que ha ido aumentando cada año más y ha hecho de ella, pese á las italianas, la *danseuse* primera del mundo.

Todo le ayudaba para conquistar al público parisiense; la figurita delicada, los ojos vivos y picarescos, la facilidad asombrosa de los movimientos, la expresión, el gesto. Hay muchas

bailarinas célebres por el mundo, que lo son y merecen serlo, pero les falta la primera cualidad. No son voluptuosas. La sensación que una bailarina produce en el que la ve no ha de ser sólo para la vista. La voluptuosidad es la que hizo reina á la Montes y la que ha llevado millones á los pies de la Otero.

La dificultad grande consiste en que esa voluptuosidad no sea ni excitante ni ordinaria. En eso está el toque. Y ese término medio en que la Mauri se ajusta como maestra consumada en su arte, constituye su celebridad y su gloria.

La celebridad, en París, cuando es legítima, se adquiere muy pronto, y á la vez que gloria produce mucho dinero.

Del modesto sueldo del primer año, pasó nuestra compatriota al más elevado entre los de su clase. Los abonados de la Opera, que tienen el culto de las bailarinas, fueron bien pronto sus amigos. En aquel *foyer* del baile, donde las bailarinas reciben como grandes señoras, todas juntas y allí rodeadas de la alta Banca, de la literatura, del abono rico y elegante, Rosita, con su francés chapurreado al princio y su gracioso acento extranjero después, se apoderó de todas las voluntades; y aquella payesita en quien no repararon sus convecinos, vino á ser el ídolo de París, y desde entonces... ¡lo de siempre! los catalanes que van á la gran capital

se apresuran á ver á su paisana y aplaudirla y sentirse orgullosos de ver allí, reina de la casa, á la graciosa hija de Reus.

Todo el mundo la quiere. Es popularísima entre los ricos y hace mucho bien á los pobres. En la vida parisiense es una personalidad; no hay fiesta, ni kermese, ni soirée donde dejen de llamarla. Ya rica y celebrada, ha empleado su dinero en hacer la fortuna de sus padres, con quienes ha vivido siempre. Edificó un gran hotel en Salis, balneario de los más importantes de Francia, y allí envió á su padre para que gobernara y distrutara de los beneficios. A su hermano lo lanzó en la vida comercial. Tiene la adoración de su madre. Su carácter es alegre; no es vanidosa.

Dicen que piensa retirarse este año, pero hace ya tres años que se dice lo mismo. Claro es que para las bailarinas hay un momento en que el retiro se impone, pero la Dirección y el público se alarman en cuanto Rosita dice que para el año que viene quiere descansar.

Y el público en cuanto la ve aparecer, á esa hora del bailable de una ópera, hora en que se llenan las butacas, antes vacías, de los abonados, que van á ver á su estrella favorita, es saludada siempre con un murmullo de admiración cariñosa, y se la ve con gran atención, porque es la única bailarina del mundo que tiene suspenso el ánimo del público con aquellas delicadezas

puramente suyas y aquella gracia en el bailar que no se podrá explicar cuando se retire ó se muera, pero que la generación actual recordará como todas las cosas que impresionan al alma.

Diciembre 1898.



# RITA

Ha hecho uno, le decía yo ayer á un colega, tantas biografías de personajes célebres, que bien puede de vez en cuando hacer las de los que no la tienen...

Rita no la tiene.

¿Qué ha de tener, si aún no ha cumplido diez años?

Anteayer la ví, en su cuartito de la calle de Claudio Coello, un cuartito tan limpio, tan arreglado, con su escritorio y su estante de libros, y el piano, y sobre el piano el premio ganado por la niña en el Conservatorio.

Un premio ganado á los nueve años; algo parecido á lo que ocurre con los grandes artistas, esos que llenan el mundo. ¡Pues así debieron empezar!

Rita estaba tan modosita, tan limpia, tan mona, con su delantalito blanco y sus cabellos rubios echados atrás y recogidos en una trenza.

—Con que vamos á ver, señorita—le dije—¿qué es lo que vamos á oir?

Se sentó tímidamente á su piano, con las orejas coloradas, como todo el que pasa por una gran emoción. ¡Vaya una pulsación vigorosa! ¡Si parece que tenga veinte años! Así le decía yo á su protector.

Porque esto sucedía en el cuarto quinto del señor S..., de quien quiero hablar, aunque se enoje, porque es modestísimo.

¡Oh, sí! Es un hombre modesto trabajador como pocos, que no quiere ser nombrado.

Un aragonés tan sencillo como atractivo, un trabajador de toda la vida, un hombre de bien á carta cabal, un corazón noble y generoso.

Por serlo existe Rita, que tal vez sin él ya sé hubiera muerto de hambre ó de frío la pobre criatura.

Salía de su oficina el buen amigo en una de esas tardes de invierno, cuando sopla el viento del Guadarrama por aquella plaza de Oriente ó cae la nieve en menudos copos, y al subir al tran vía se encontraba siempre con una niña chiquitita que le tendía la mano. Los viejos y los niños se atraen, y más cuando los viejos son naturalmente, bondadosos. Dos cuartos hoy, cuatro cuartos mañana, dos reales algún día... y la niña y el viejo se hicieron amigos.

—¡Vaya usted con Dios!—decía la chiquirritina.

—Adiós, hija mía. ¿Qué frío, verdad?

—¡Ay, si, señor!

—Toma, hija mía, toma.

¡Y después de sentarse en su banco, mi amigo iba pensando que hay seres desgraciados desde que nacen; y como él no tenía hijos, le iba rondando la idea de coger á la niña y llevársela á su casa!

Pues... ¡qué lo hizo!

Un día la convidó á venir por un poco de ropa. Le había comprado unas camisitas, y unas medias y una sayita. ¡Lo contenta que ella se puso! Y más contento aún estaba él de verla tan dichosa.

Pocos días después, siempre pensando en que la infeliz sabe Dios lo que comería, se la llevó en el tranvía, y llegados á casa la sentó á su mesa.

¡Qué asombro!

La comida habitual del señor aquél, le pareció á la niña un festín.

Pero... ¡cosa rara! ¡No comía carne!

—¡Come, muchacha! Ese pedazo es para tí.

—No, señor; no.

—¿Pero por qué?

—No, señor; no.

La familia estaba absorta. Porque si bien no comía la carne, la miraba con ojos ávidos cuando se la llevaban...

Al día siguiente, al salir del periódico, allí estaba la niña delante de la Capitanía general.

—Vaya, ¿quiéres venir á comer?

—Como usted quiera.

—¡Anda! Pero... ¿comerás carne?

Silencio por respuesta.

Y una vez sentada de nuevo á la mesa, la niña tomó la sopa, un poco de cocido, postres... ¡la carne, no¡

—¡Vaya, no le gusta!—dijo su protector.

—¡Ya lo creo que me gusta!—dijo Rita.

—Pues entonces... ¿por qué no la comes?

—Mire usted—respondió poniéndose muy colorada—quería pedirle á usted un favor... ¿No se enfadará usted?

—No, mujer, ¡que he de enfadarme!

—¿Me deja usted que le lleve la carne á mi madre?

—¡Ah!

Aquí la familia se conmovió á punto de llorar, porque el carácter de aquel sér de seis años apareció entero. ¡Qué lástima que un corazón así se hubiera perdido en el fango de la calle! Ganas dan de preguntar en qué piensan los ricos...

Se le dió, envuelto en un papel, un gran pedazo de carne; y entonces Rita comió. Sabía que los suyos iban á comer también, y por la primera vez, aquella noche tenía prisa de marcharse.....

Entonces mi venerable amigo se ocupó ya seriamente en adoptar á Rita y desde aquel día vive con él en aquel encantador cuarto quinto,

donde se respira esa felicidad de los modestos más envidiable que la que parece reinar en los alcázares; porque no hay nada más envidiable que el rincón donde vive una familia unida, que duerme tranquila porque puede.

Rita comenzó á aprenderlo todo con avidez: y como su protector tiene delirio por la música, la dedicó á la música, á salga lo que saliere.

Ha salido una artista.

No hay más que oirla, después de un año de Conservatorio, para comprender que «hará hablar de ella», como dicen del otro lado de los Pirineos.

A la natural disposición se une un deseo tal de corresponder al bien que se le hace, que sólo por eso *llegará*.

Se nace agradecido ó ingrato; la gratitud ni se aprende ni se impone.

Rita es agradecida.

Y cuando ha pasado todo el día estudiando (y ha pasado días de once horas, para que lo sepan los de los tres ochos), y ve que se acerca la hora de que vuelva su padre de ahora, Rita se esmera más y siente una satisfacción extraordinaria cuando el buen viejo pasando las hojas de papel de música, le dice una palabra de aprobación. Acaso Rita se acuerda de aquellas frías mañanas á la entrada del viaducto... Todos son felices en aquella casa. ¡Qué hora tan encantadora aquella que yo he pasado oyendo,

aunque parezca extraño en tan corta edad, sonatas y estudios difíciles á la niña, y al hombre satisfecho de su obra contemplándola embelesado!

Era ya tarde cuando acabó la improvisada audición, y me despedí de Rita, animándola con grandes esperanzas.

Tímida, siempre tímida, porque no hay en ella sombra de vanidad infantil, me acompañó hasta la puerta. La señora Vicenta, la antigua criada, que al renquear de esta pierna, que el diablo me dió, tuvo la bondad de ir alumbrándome hasta abajo, iba haciéndome elogios de la tierna criatura.

—Es muy buena. ¿Verdad?

—Si señor.

—Y muy lista.

—Y muy trabajadora.

—Y muy docil.

—Adiós, señora; buenas noches.

Y en la calle volvíme á mirar la alta ventana, recordando las palabras del Divino Maestro:

«El que recibiere á un niño en mi nombre, á mí recibe.»

1894



# SUSANA REICHEMBERG

La eterna dama joven.

Y cuando tenga sesenta años será dama joven, y convencerá siempre.

Dios le dió la figura especial para estos papeles. No diré yo que sea vieja, ni mucho menos, pero está en la edad en que las actrices se dedican á damas ó á matronas.

La Reichemberg, no.

El público parisiense, que tiene adoración por ella y admira cada vez más su talento, no la concibe en la escena del Teatro Francés sino viéndola hacer los papeles de la muchacha ideal y candorosa.

Los idilios de Banville, las obras de Erman-Chatrian, los dramas del repertorio necesitan indispensablemente aquella figurita delicada, fina, los cabellos rubios, la sonrisa infantil, todo lo que esta actriz única posee. Nadie puede interpretar como ella las *finesses*, como se dice por

allá, los detalles íntimos de las obras delicadas.

Fuera del teatro, una parisiense divertidísima, ocurrente, célebre por su gracia en la conversación.

Susana Reichemberg es el París artístico y espiritual encarnado en una mujer.

Entró en la Comedia Francesa hace veinte años, y allí morirá. La casa de Molière no podría subsistir sin ella.

Octubre 1896.

---



## BEATRIZ TORRI

ESTRELLA mímica, ó sea primera *mima* de la Grande Ópera de París, la Torri, venida de Italia, figura en primer término en todos los bailes de las grandes obras, y llena la inmensa escena con su gran figura.

La imperial Torri la llamada Vitu en su crónica.

Grande, magnífica, escultural; debió aparecérsele á San Antonio, y de seguro que esta tentación fué la que más guerra le dió.

Muy elegante y muy fastuosa en la vida privada. Ha hecho en París una fortuna, y va en aumento. Buen carácter, siempre de buen humor.

Está en todas partes donde haya un acontecimiento parisiense, y á pesar de ser extranjera é italiana (en París es muy difícil ser italiano), todo el mundo la quiere.

En *Fausto*, en *Sansón y Dalila*, en el *Mago*, sus

posturas, vueltas y revueltas y los trajes de gasa y las *techuras*, ponen en movimiento mil pares de gemelos. Es lo que llaman en Andalucía un *valiente troncho e mujé.*

Vino á París para estrenar el *Excelsior*, y llamó la atención por la figura. En seguida encontró contrato para la Ópera, y en ella lleva diez años, y de allí no saldrá sino cuando sea vieja. Pero hay tiempo, porque esta estrella de los gestos no tiene más que veinticinco años y la cabeza libre, lo cual es muy importante.

Agosto 1896.

---

# SANDERSON

La señorita Sanderson, es tan célebre en el mundo artístico por su talento como por su hermosura. Es lo que se llama en lenguaje vulgar, castizo español, una real moza.

De América vino, de aquella tierra cuyos habitantes no nos quieren ahora mucho á los españoles; pero á fuer de galantes diremos que si los *yankees* no nos son simpáticos, sus mujeres, que suelen ser muy hermosas, pueden ocupar, cuando tienen el talento de ésta que hoy damos á conocer al público español, lugar preferente en un periódico popular.

Sanderson estudió el canto en París. Debutó en la Opera cómica; de allí pasó á la Grande Opera. En uno y otro teatro obtuvo grandes éxitos, y ha recorrido triunfalmente Europa, tal vez en alguna temporada la oigamos en Madrid.

Las simpatías entre americanos del Norte y

cubanos, debieron presentirlas esta gran artista y un cubano poderosísimo, residente en París, que se enamoró ciegamente de ella y va con ella á todas partes.

Su pasión es popular, porque todo el mundo le conoce. El enamorado millonario era casado, y quiso divorciarse para casarse con la Sanderson. Los tribunales franceses le negaron el divorcio, y casado se quedó y enamorado sigue.

La Sanderson, cuya doble celebridad de artista y de hermosa es indiscutible, acostumbra hacer una *tournée* artística los veranos, volviendo en invierno á la Grande Opera de París.

Febrero, 1897.

---



# MADEMOISELLE MULLER

En todas las obras del repertorio del teatro francés en que hay una niña, el público ve aparecer la niña, y por niña la toma.

Vestida de corto, con su carita angelical y su voz infantil, la Muller tiene la especialidad de conservar para la escena todos los encantos de la infancia.

Y, sin embargo, esta actriz no anda lejos de los treinta años, y sus *niñerías* en la vida privada, según cuentan, han valido muchos cientos de miles de francos.

En *L'ami des femmes*, de Dumas, la ilusión es tan completa, que una familia inglesa que ocupaba un palco la envió una cajita de bombones, con promesa ¡de una muñeca!

Y como en París todo el que posee una habilidad, una especialidad cualquiera, se pasa la vida explotándola, es de suponer que cuando los hijos de la Muller tengan hijos, todavía la abueli-

ta saldrá á la escena jugando al aro ó tatareando canciones infantiles.

Su mérito es muy grande, y las simpatías del público por esta actriz más grandes aún, porque se olvidan sus años y dan ganas de levantarla en alto, como hacen las nodrizas, y zarandearla al són de la música que pasa por la calle.

En el teatro la llaman la niña de la casa. En la vidriera de un almacén de *poupées* ó de *bebés*, podría pasar por una de esas muñecas que andan y hablan y dicen *papá*. Muy linda persona, mejorando lo presente.

Noviembre 1897.



# STRACHAM

(MADRILEÑOS DE IRLANDA)

Hace treinta años llegó á Madrid un irlandés muy buen mozo, muy espiritual, llamado Stracham.

Socio del Casino, asíduo á la Castellana, abonado al teatro Real, se hizo amigo de todo el mundo.

Compraba todas las antigüedades que encontraba en el Rastro y en los almacenes de este género de curiosidades.

Ese irlandés, entusiasta de Madrid, estaba casado con una señora muy hermosa, argentina ó venezolana, que esto no lo recuerdo bien, de una gran familia americana del Sud.

Habitaba todo el piso principal de la Fonda de *Peninsulares*, como se llamaba entonces al Hotel que estaba donde hoy baila la Monterde.

Tenía dos hijas muy bonitas que aprendieron

en Madrid á tocar la guitarra y á cantar flamenco.

Se veía á esta familia en los grandes salones madrileños. En casa de D. Eugenio de Ochoa, donde había tertulia literaria á diario á la que concurrían Cánovas, Silvela, López Guijarro, Alarcón, y otros que habían de ser un día personajes. Stracham, con su *smoking* y su barba negra, hacía las delicias de la reunión.

Un día, le atacó el tifus.

Madame Stracham, que no tenía ninguna confianza en los médicos madrileños, se propuso curar á su marido *por telégrafo.*

Le explicaba á su médico de París las fases y progresos de la enfermedad; el médico parisién le telegrafiaba hora por hora lo que debía hacer. Los telegramas costaban diariamente setenta ú ochenta duros, y Stracham se murió.

La familia se trasladó á París.

Allí, la viuda de Stracham (pronúnciese *Estrán)* vivió de sus rentas y se dedicó á recoger perros vagabundos y cuidarlos en su casa.

Perdió á su hija menor. Vivió en el *quartier Wagram* durante doce ó catorce años en un hotelito convertido por ella en asilo de perros sueltos. Un día, el comisario de policía se presentó en el Hotel para desalojarlo de animales enfermos que constituían un foco de infección. A poco murió la viuda del irlandés madrileño. Quedó sola *Dedi,* la mayor de las hijas, que hoy

vive en Saint-Cloud en una *villa* preciosa, convertida también por ella en refugio de animales desgraciados.

Allí tiene, la linda muchacha de antaño, que ahora debe estar frisando con los cuarenta, un verdadero hospital de perros, gatos, caballos y conejos. Con ellos vive y no se trata más que con la familia de su madre, que pertenece á la nobleza francesa. Detesta al hombre y vive para los irracionales. Recorre los alrededores en bicicleta, disfruta de su soledad, cree que los animales son más interesantes que los hombres, y de vez en cuando escribe á los amigos de Madrid para ofrecerles su casa y su mesa. Mademoiselle Stracham es una de las personalidades más originales de la colonia extranjera en París, y muy honrada.

Noviembre 1899.

## LA SEÑORITA FERIEL

Hace mucho tiempo—va para tres años—que en todas las comedias, vaudevilles, operetas, monólogos de cafés, conciertos parisiens hay siempre una escena en que la actriz más á la moda se desnuda de pies á cabeza delante del público, sin omitir ningún detalle, y se mete en la cama ó en el baño, ó en donde puede; la gran cuestión es ofrecer el espectáculo de una mujer que se quita el vestido, las enaguas, el corsé, *todo*.

No se crea que son los parisienses los que van á ver estas cosas.

El parisién de pura raza trabaja todo el día; se acuesta temprano, á la mañana siguiente vuelve á empezar, economiza, vive tranquilo en su casa, y el día que quiere divertirse, va al teatro Francés ó á la Opera cómica ó al Ambigú ó á ver un melodrama que le arranca lágrimas, á

cualquiera otra sala donde le ofrezcan espectáculos honestos y entretenidos.

El público de los otros teatros donde la actriz se desnuda en todas las comedias que ahora se usan, se compone de extranjeros que vienen á París precisamente á ver estas cosas, que en países respectivos rechazarían escandalizados; de bolsistas, cómicos, *cocottes,* vividores, gente que gasta y no tiene.

Es ese *todo París* que luego solemos ver en los bancos de la policía correccional; ese grupo de cinco ó seis mil personas que á las siete de la tarde han ganado á la Bolsa, ó á las carreras, ó al baccarat, ó al amor; ó al *chantage,* y que adorna los teatros en secciones de personas elegantísimas, las mujeres llenas de diamantes, los hombres con enormes claveles en el ojal del frac. Todos ellos dan al París del Boulevard una gran vistosidad: comen en *Paillard,* en el *café Inglés,* en *Joseph,* en el *Americano;* se conocen todos, se tutean todos, forman una inmensa familia de perdidos de buen tono que constituyen lo que por aquí llaman mundos. El mundo de la prensa, el mundo de la Bolsa, el mundo del teatro, el mundo de la galantería...

Pues en estos *mundos* causó inaudita extrañeza hace pocos días saber que la hermosa actriz que debía estrenar una quisicosa llamada comedia, en el teatro de Nouveautés, titulada *La tortuga,* se resistía á desnudarse por competo.

Los ensayos de la obra se prolongaron más de lo ordinario.

La actriz buscó todos los medios de servir al autor, y cumplir con su deber, sin ostentar los encantos de su belleza en toda desnudez. A fuerza de habilidad y energía consiguió hacer la escena en que debe acostarse sin ofender su propio pudor, ya que el ajeno no suele por acá ofender nunca. Y en efecto; los cientos de gemelos que apuntan á su delicada persona cuando el momento llega, apenas ven lo que verían en la propia casa los espectadores á las personas de sus familias.

Y en un corro de parisienses de estos que hallan incompresible tanto escrúpulo por parte de una actriz esencialmente moderna, daba yo la razón de su anormal modo de ser, sirviendo á mi patriotismo, que esta vez iba, en verdad muy bien servido.

—¿Ustedes no saben por qué mademoiselle Feriel es así?

—¿Por qué?—me preguntaron diez ó doce voces amigas.

—¡Porque mademoiselle Feriel... es española.

—¡Oh, que asombro!

—¡Nadie lo sabía!

Creo que muy pocas personas lo saben en París. Esta actriz encantadora, de veinticinco años, elegante como pocas, simpática hasta lo irresistible, rebosando eso que llaman *parisienismo*,

nació en Valladolid, junto al Campo Grande, Castellana pura, y con una madre españolísima, y habiendo heredado, sin duda ninguna, de esta madre ese resíduo de dignidad personal castellana, que se despertó como movido por un resorte cuando los autores de la obra le dijeron:

—Hay que desnudarse por completo.

—¡Ah, no!—exclamó—¡Eso según y cómo!

*
* *

La señorita Feriel se dió á conocer en París representando una pantomima que se llamaba *La estatua del Comendador*, y que se representó un año seguido.

Sin hablar una palabra, sin más que gesticular su gentil figura, conquistó todos los corazones. En un mes alcanzó toda la popularidad, que otras buscan años enteros. Es tal, que uno de estos españoles que vienen formando parte de alguna estudiantina, la vió en una fiesta del *Fígaro*, y no pudo menos de exclamar, hablando para su coleto:

—¡Maldito sea hasta en!... ¡Es que ya no se puede ser más bonita!

En efecto; no se puede ser más bonita. Y estos piropos de un escritor que está en las fronteras de la vejez, y no tiene más amor que el de sus hijos, ni pueden tener malicia ni ser más desinteresados.

En eso de que hablo descubrí el secreto de la nacionalidad de la actriz á la moda. Se representaba *La estatua del Comendador*; había concierto, y comedia, y lectura de versos y monólogos. Los redactores acompañaban á la escena á los artistas, y cuando yo me disponía á hacer los honores de la casa á madame Caron, de la ópera, una voz femenina me dijo en español puro:

—¿Me hará usted el favor de darme el brazo para ir á la escena?

¡No es posible explicar el placer íntimo que produce en medio de una reunión exclusivamente francesa, oir una frase dicha en idioma patrio!...

Mademoiselle Feriel sonreía al ver mi asombro.

—¿Quien le ha enseñado á usted el español?

—Mi madre.

—¿En dónde?

—En nuestra tierra.

—¿En *nuestra* tierra?

—¿Usted no es castellano?

—No, señorita, aragonés.

—Yo soy de Valladolid.

—¿De verás?

Y enseguida, y de prisa, y corriendo, entre los aplausos del público y las voces de los que llamaban y los saludos de los que venían, y los acordes de un piano, y las bromas de los compañeros, una biografía en cuatro palabras.

—Mr. Feriel, mi padre, fué uno de los ingenieros franceses que llevó á España Salamanca... Mi madre castellana, y gracias á ella que habla siempre español, no he perdido por completo el idioma nativo... Le he oído decir á usted á Coppée que vive usted en San Sebastián casi todo el año... allí iba yo casi todos los veranos, hasta los doce años... y allí volveré... He leído muchas comedias españolas; mi madre tiene el culto de su país...

—¡A escena! ¡A escena!—gritó una voz.

Y la bajé corriendo al escenario.



Desde entonces, siempre que mademoiselle Feriel venía á ver al director ó al redactor de teatros, preguntaba por mí. ¿Y si yo fuese á España y allí hiciese comedias?—dice con frecuencia.

—¿Por qué no? La Feriel, tan parisiense y tan extranjerizada por la educación y las costumbres, piensa siempre en el país natal, y los parisienses, que se creen sus compatriotas, ignoran que la actriz seductora es esencialmente de nuestra raza.

Por eso, precisamente por eso, le decía yo á Chevassu, al día siguiente del estreno de *La tortuga:*

—Ni ella quiere desnudarse ni vosotros com-

prendéis que se niegue... Es menester que sepas que en mi tierra las mujeres son de otro modo...

—¿Pero de qué modo?

—¡No lo puedes comprender hombre! *¡De otro modo!*

Marzo 96.

FIN DE PERFILES FEMENINOS

---

# RECUERDOS DE PARÍS

# LA ANTESALA DEL DOCTOR

De *cinco á seis,* decía la tarjeta del doctor X***, un sabio de reputación europea, que gana cerca de un millón al año, pero del cual no se sabe que haya salvado á nadie la vida.

Entiendo yo por salvar la vida, evitar la muerte. Es así que, los enfermos á quienes éste sabio cura, se mueren, más tarde ó más temprano; luego la vida no está en salvo en sus manos.

Y, á pesar de eso, van... ¿qué digo van? vamos todos á consultarle.

De inapetencia me quejo y en busca de apetito fuí á casa del grande hombre. ¡Ay, amigo mío! exclamaba alguien que ha hecho campañas, al oir mis quejas; para tener apetito, no hay otro remedio que verse privado por fuerza del alimento cotidiano. En pleno sitio de París, y cuan-

do el ánimo debiera estar más abatido, las gentes devoraban la chuleta de caballo ó el anca de gato... Acaso este filósofo de cuartel tenga razón; pero supuesto que el pan de cada día no me falta, fuerza será que al pan se junte la gana de comerlo.

Y sucedió, pues, que de cinco á seis llamé á la puerta del sabio extranjero, que si no fuera extranjero no pasaría por sabio. En Madrid se desean médicos *de París;* en París creen que los grandes médicos deben ser los ingleses; en Inglaterra acuden á la ciencia alemana; en Rusia á la polaquería científica. ¿Qué más? los blancos oimos siempre con cierta admiración que hay un *doctor negro* que lo cura todo. Eterna infancia en que vivimos los grandes como los chicos, acabando por morirnos todos como tontos.

Declaro que los tres cuartos de hora que hube de esperar á que me llegase mi turno, en la antesala del doctor, me procuraron sabroso estudio, ¡qué de gente, y qué de contrastes encantadores!

Al lado de un fraile, con sus hábitos blancos y negros estaba sentada una famosísima bribona, de estas que tienen más popularidad que los grandes hombres, y brillan en París como si fueran soberanas. El fraile, mientras esperaba, leía en un libro de oraciones, pero de vez en cuando distraía la vista para mirar, como al descuido,

los pies primorosamente calzados de su vecina. Tal vez como él los llevaba desnudos y mal cubiertos por la sandalia, comparaba su modestia con el despilfarro de la otra. Alguien se atrevió á preguntar al hermano de qué padecía, y éste alguien oyó que de la piedra. Piedras monásticas que hacen contraste con la vida sobrado tranquila del claustro. La gran cortesana, en cambio, se quejaba del corazón, como si de él hiciera gran uso. ¿Quién puede averiguar los secretos de esta pedestre vida?

Pues no lejos de ellos estaba, con aire de mal humor, porque se le hacía esperar, uno de los hombres más ricos de la ciudad, y aun del mundo, que padece de enfermedad hipócrita y de mal engañoso. Este tal, que vive separado de la mujer, á la cual apenas da para vivir, que ha hecho su gran fortuna explotando á los pobres, y á quien nunca ha conmovido la desdicha ajena, no puede oir el sonido de un violín sin romper á llorar, ni escuchar un drama sin conmoverse hasta caer enfermo y padecer ataques de nervios como la señorita más delicada. He aquí por qué no hay que fiar en lágrimas de ocasión ni en llanto material que da á los hombres fama de sensibles y de píos. Este mónstruo de sensibilidad sedujo, según pública voz, á una infeliz obrera, que al verse en cinta, y desamparada, se arrojó al Sena. El seductor comió aquel día con buen apetito, pero las canciones

de Teresa le provocan raudales de llanto. Fíense de apariencias las almas impresionables.

Qué interesante y qué fresca de color estaba también allí la linda alumna del Conservatorio por quien mi amigo Juan, español (español había de ser), estuvo *loco* el año pasado.

Allí estaba, con *mamá*, portera de día y acompañante de noche, y yo, que sé por qué perdió sus ilusiones mi enamorado amigo, veía hacia adentro al observar las miradas tiernas de los caballeros presentes, á la ingénua que iba á curarse.

Pues ¿y el coronel H... herido en un brazo en duelo ocasionado por un suelto de periódico? Él, que ante el enemigo echó á correr hace dos años.

¿Y el abogado Dorval enfermo de ronquera la víspera del primer pleito que ha de defender en su vida?

¿Y la condesa, mi vecina, tísica de apretarse el corsé, y la generala buscando remedios de enflaquecer para parecer más bonita?

Atajo de locos, reunión de ilusos; todos los que estábamos allí me parecían haber perdido la cabeza, en su confianza de la ciencia de curar que mejor debiera llamarse ciencia de los alivios, y que aquí, como en el resto de la tierra, tiene más adeptos que convencidos. Pero ello es que el que la profesa y ejerce nos parece en momentos dados salvador del mundo, y al oir-

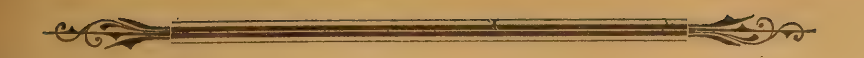
me llamar por el criado que va dando su turno á los dolientes, me apresuré á franquear la puerta *del templo.*

—Sí, amigo mío, me dijo el sabio (que me honra con su amistad y me hace gracia de las visitas, por lo cual, sin duda, no me curo), sí, amigo mío, hoy ha sido uno de esos días de gran utilidad para un filósofo ó un autor dramático. He tenido militares que padecen de los nervios, madres que no quieren criar, y perdidas que quieren criar, y perdidas que quieren ser madres; curas que padecen de visiones, millonarios que no tienen ganas de comer... ponga usted todo eso en verso.

—¡Oh, no! le dije, los versos son la expresión de la poesía y la antesala de un médico célebre no es otra cosa que la reproducción de las miserias de la vida; y la vida, ¡oh! querido amigo, es prosa, prosa vil, y eternamente miserable prosa...

París, 1888.

---



## EL GRAN TEATRO

¡Ah, sí!—dirá el lector.—Ya sé cuál es el gran teatro para un autor dramático que vive en París. El teatro Francés.

—No, señor.

—El Gimnasse.

—No.

—El Vaudeville.

—Ni mucho menos. Y no se canse usted en discurrir, que no dará con ello.

El gran teatro para mí es el Guignol de los Campos Elíseos.

Ríome yo de los dramaturgos modernos franceses ó españoles. Allí, allí es donde se ve la comedia esencialmente *humana;* lo dicen los críticos contemporáneos.

¡Cuántas veces, al pasear por aquel sitio, donde hay en muy poco espacio de terreno cuatro ó cinco teatros de esos, he ocupado una silla entre una niñera y un espectador infantil, entre una señora mayor y un ama de cría!

Y nunca he sido el único espectador barbudo.

Por cada año he contado lo menos dos ó tres hombres hechos y derechos, sin referirme al público que ve la función desde fuera y que se compone en su totalidad de espectadores cuya edad varía entre los treinta y los cincuenta años.

Mis hijos me piden el sábado que les lleve adonde se represente un melodrama patriótico ó una gran comedia de magia.

Pídoles yo á ellos que me lleven al *Guignol*, y todos tenemos razón, porque ellos comienzan á vivir y yo acabo.

El teatro de los niños es el más práctico; pero como la infancia no razona, no puede apreciarlo.

¡Oh, sí! En el *Guignol* se rinde culto á la literatura realista mejor que en los libros de Zola ó en los dramas de Dumas.

Las cosas suceden tal y como en la vida.

La verdad es allí como lo definía San Agustín: *Verum est quod est*.

No hay más que asistir á una representación para convencerse de ello.

En todos esos dramas de un cuarto de hora de duración, el marido y la mujer se llevan muy mal y á cada dos por tres andan á la greña.

La justicia interviene. Los magistrados sucumben á los estacazos filosóficamente distribuídos por el acuerdo. Aspiración general y muy

humana, que en los dramas de *veras* resultaría inverosímil, pero que da gran placer al público de dos cuartos.

¡Sale el gendarme... le matan á palos!

¡Lo que harían todos los hombres si no hubiera presidios y horcas!

Nadie está contento de su vecino. La buena armonía no entra por nada en la concepción de estas obras dramáticas, más transcendentales de lo que parece.

El marido se gasta cuanto gana en vino.

La mujer es una víctima. como de costumbre en la vida real. Se harta y se va con otro. El esposo, tan lógico como infiel, se da por ultrajado y lleva á mi señora doña Casada ante los tribunales. El juez la guiña el ojo porque es bonita. Casos se han dado. De esto resultan complicaciones, disgusto general, palos y bofetadas. Aquello no es ya un drama, es la sociedad en miniatura, con todas sus pasiones expresadas debajo de tierra por un cómico invisible, cuya voz parece la del instinto humano que guía á los personajes humanísimos de la obra.

Los niños ríen y aplauden cada vez que se arma un rifirrafe, y se ponen del lado del que pega, porque desde la edad más tierna creemos todos que el más valiente es el mejor y el que sale vencido es más cobarde.

¡Qué alegría cuando el birrete profesional va por los aires!

¡Qué satisfacción del público cuando al guardia le sacuden el polvo!

Como que el público no infantil se compone de criados, niñeras, soldados, gente oprimida, en fin, para la cual el espectáculo de la ley atropellada y de la autoridad por los suelos debe ser goce parecido al de ver arruinado al amo.

Los anarquistas y los demagogos que celebran reuniones públicas, no han inventado nada más práctico que estas comedias, improvisadas tal vez, pero en las que el ignorado autor, es, antes que tal, conocedor del mundo y hombre que sabe lo que aplaude siempre el sentido común incipiente.

—¡Ah, señor mío!—exclama la mujer.—¿Por qué se ha de hacer lo que usted quiera?

—¡Porque yo llevo pantalones y usted no!

Que es la eterna tiránica ley de los hombres contra las mujeres.

El abogado, en otra comedia guiñolesca, presenta una cuenta de diez mil francos por un escrito de ocho renglones.

—¡Ladrones!—grita el cliente.

—¡Así aprenderá usted á no llamarnos nunca!

Lo repito: el gran teatro es éste, donde los actores son de palo, como casi todos los que vemos en los teatros grandes. No cobran sueldos absurdos ni hay que poner sus nombres *en cruz* en los carteles. El autor no está expuesto á que

una sala llena de hipócritas lo recrimine y le silbe por decir la verdad, y las comedias no sólo son reflejo de las costumbres sino fotografías de la existencia real, donde todas las pasiones tienden á fastidiar al prójimo con móvil egoista.

Antes de que Dumas dijera el ya célebre «*¡mátala!*» *Guignol* había matado mil veces á palos á la esposa infiel, ¡con aplauso de un público sano, que á los siete años aplaude lo que siente, y á los cuarenta silbará lo que razone!

---



# ABUELITA

(PÁGINAS ÍNTIMAS)

A mi madre de mi alma la llamábamos todos *abuelita,* nombre que habían puesto de moda en la casa mis seis hijos, llamándola así desde las seis de la mañana, hora en que despertándose todos, cantando y riendo como las alondras del campo, iban á buscarla rodeándola amorosos á manera de pollos que buscan la llueca.

—¡Abuelita, buenos días!—¡Abuelita, chocolate!—¡Abuelita, vamos al campo!

La palabra había cundido al cuarto de abajo y al de arriba, aquí donde las construcciones, como el carácter del país, son ligeras y frágiles, y dejan paso á la conversación de los vecinos. Todos ellos sabían que abuelita era la *gran madre* de mis hijos y desde que Dios amanecía dejábase oir en la casa aquel coro infantil reflejando la felicidad de un interior tan pobre como dichoso.

¡Vivíamos tan contentos en nuestra modestia! Respirábase en mi hogar la dicha que proporciona el trabajo cotidiano, y en el año que la abuelita presidió la familia, todo fué tranquilidad y alegría.

Para eso vino. Fué nuestro pabellón y nuestra defensa, nuestra autoridad y nuestro ánimo. Sola y sin conocer un indioma que detestaba, emprendió el caminc de Madrid á París, deseando morir entre los suyos, y el patriotismo que comenzaba á desfallecer en nuestros corazones, lo hizo renacer y lo fortificó con el ejemplo.

Los niños, que habían olvidado el español, comenzaron á aprenderlo de nuevo, sentados en rededor suyo, mientras la madre y yo cumplíamos con los frívolos deberes del mundo.

Las ideas religiosas que la atmósfera de París quebranta renacieron con ella. Una Virgen del Pilar y una bandera española constituyeron todo su equipaje. La imagen en el salón para que cuantos llegaran supieran que este es el hogar de una familia aragonesa, oriunda de un país donde el odio francés es innato; la bandera amarilla y roja sobre su cama, para que mantuviera vivo en los ojos el amor de la patria.

Venía herida de muerte, y sabiéndolo, y sin temor alguno al fin de la vida, con tal de que éste se realizara al lado de los seres queridos.

Un médico español, célebre en Francia, se en-

cargó de ella, porque la enferma no hubiera consentido que manos francesas la tocaran; á este doctor eminente le debemos un año más de vida de la santa mujer que nos dió el sér, un año de felicidad, el único acaso que le hemos visto pasar dichoso.

Durante este tiempo, la casa fué el reflejo de todos los amores. Niños, flores y pájaros, palabras de dulzura, leyendas del país, intimidades de las que el escritor no puede disponer en provecho del público, porque los sucesos particulares sólo interesan cuando revisten carácter dramático.

La abuelita vivía dedicada á amar y ser amada. Que los niños se quieran, que los pájaros no se queden de noche en la ventana, que las flores de las macetas no se marchiten, que delante de ella no se hagan comparaciones perjudiciales para el país que nos vió nacer, que la hermosa lengua patria no se olvide. «Yo soy vieja y estoy enferma y desahuciada, y sin embargo me quieren los míos; la patria es así, hay que amarla por lo que es y estas cosas no se discuten; aprendísteis á amar y á rezar en mi regazo; si no creéis es como si me despreciárais y no me quisiérais... Así, pues, cuando los tiempos no sean buenos, volved los ojos á lo ideal». «Virgen Santísima, Dios mío»... los niños convertían en leyes los deseos de la *gran madre*. «Abuelita no quiere, abuelita se enfada, abuelita

era Dios, patria y familia; abuelita era sostén, consuelo y esperanza».

Un día el doctor nos llamó aparte á los *grandes*, porque la familia se divide en grandes y pequeños, almas que sienten y almas inconscientes, y nos dijo:

—Abuelita (también él la llamaba así) no tiene remedio. Hasta donde se puede alargar la vida la hemos alargado. La vida huye, la vida se va; abuelita se muere á toda prisa.

Entonces hubo que pensar en sus necesidades espirituales; se discutió lo que habría que hacer; se calculó el susto que produce siempre al enfermo la presencia del sacerdote.

Pero abuelita nos salió al encuentro.

El médico os ha hablado aparte. Llamad á un cura.

Era indispensable que este cura fuere español, porque mi madre creyó siempre que la misa dicha por franceses no era misa. Entonces la casualidad ó la Providencia nos hicieron conocer á un sacerdote, único para nuestro caso.

Llegó, la vió, la confesó en media hora. Al salir del cuarto nos dijo:

—¿Quién es esta señora y de dónde viene? Su vida es una contínua tendencia al bien y una serie de contrariedades llevadas con resignación admirable. Benditos sean los hijos que hubieron conocido tal madre.

Pero la confesión no era bastante y la enferma pidió el viático para el día siguiente.

—Mañana á las ocho estaré aquí, nos dijo el sacerdote, para darle la comunión delante de la Virgen del Pilar, su patrona; y se despidió hasta el día siguiente.

Abuelita quiso recibir á Dios rodeada de sus nietos. Aquella alegría de todas las mañanas cuando los niños se levantaban con el sol para recibir el desayuno de manos de la madre de su padre, debió convertirse en fiesta silenciosa y tranquila, solemne é ignorada.

A las seis pasamos todos al mercado de enfrente, compramos manojos de lilas blancas y moradas, rosas y heliotropos frescos, nardos y violetas; llenamos de ellas todos los jarrones, vasos y cacharros antiguos del salón; improvisamos un altar cubierto de paños y encajes blancos al pie de la la Virgen del Pilar que hay en el testero, y esperamos la llegada del ministro de Dios que debía pedir en la iglesia de al lado la sagrada forma.

Al dar las ocho, abuelita, vestida de día de fiesta, se arrodilló delante de la imagen á cuyo nombre sus mayores derrotaron las águilas francesas; los niños, mi mujer y yo nos pusimos detrás, y detrás de nosotros los criados; sonó la campanilla, abrióse la puerta, entró el señor cura, y allí, á tres días de distancia de la patria adorada, sin que la numerosa vecindad de nues-

tra casa se enterase, asistimos todos á la conmovedora ceremonia religiosa.

Abuelita que se sentía á pesar de su gravísimo estado y podía andar por su pie, apoyóse en el brazo del sacerdote, pasó al comedor, la siguieron todos, y presidió el desayuno de toda la familia con santa resignación y sin igual dulzura.

—Mañana ó pasado, dijo, ¿tendrá usted la bondad de darme la Extrema Unción?...

Y al oir que tratábamos de convencerla de su precipitación en evocar la muerte:

—¡Cómo! nos dijo. ¿Pensáis, hijos míos, que á mi edad y con una familia numerosa no debo abandonar la vida cumpliendo con aquellos deberes que son la base de toda sociedad y de toda familia? En una familia como esta donde no hay otros capitales que la honradez y la virtud, la pobreza ha de ser compañera de la fe, y aunque yo fuese atea, que nunca lo fuí, pondría empeño en dar ejemplo á estos niños que viven en una sociedad sin creencias... ¡Mañana á las once, señor cura!

Y á las once del día siguiente, recostada en su lecho (que ya la enfermedad iba minando toda energía), los ojos cerrados, el semblante sereno, el pensamiento en Dios, las manos cruzadas sobre el pecho, teniendo alrededor hijos y nietos, y algún amigo cariñoso, oyó con nosotros las santas palabras de la Iglesia: *Percitam*

*sanctan emtionem,* decía el cura, y la solemnidad no fué interrumpida sino por los sollozos entrecortados de grandes y chicos.

Pasó todo aquel día en los comienzos de la agonía, que fué larga y penosa, durando hasta tres días más; pero sin la menor pena de morir, antes aconsejando á todos la mayor conformidad y energía para las luchas de esta miserable existencia y despidiéndose uno por uno de los inocentes niños, que no se daban cuenta de lo que pasaba; para ellos todas estas ceremonias postreras eran sucesos extraordinarios cuya trascendencia no alcanzaban.

Llegó el 14 de Junio, y con él la noche, que fué de prueba para la moribunda y para mí, desdichado mortal, impotente contra la muerte. Al amanecer, un rayo de sol penetró en el aposento, yendo á dar en la cama. «¡Qué hermoso día!» exclamó la infeliz, y tendió sus grandes y hermosos ojos hacia mí, dándome en esta postrera mirada último adiós y eterno desconsuelo. Faltóle el aliento, sobrevino la última angustia, precipitóse la respiración, los ojos se cerraron, llamóse á toda la familia, acudió el doctor, que, mirándonos, hizo un fatal movimiento de cabeza, arrodillámosnos todos en torno á la cabecera, comenzó el aliento á ser difícil, dieron las nueve, y con la última campanada desapareció su vida y la mía...

Entonces, y apartando á los niños, que la

creyeron dormida y se retiraron de puntillas, y quedándonos con los grandes, cuyos sollozos hicieron último coro á esta existencia tan preciosa, comenzamos á cumplir los últimos deberes. Arrancamos de la pared la bandera española... y la amortajamos con ella.

Trajeron vecinos, deudos y amigos, coronas y ramos de flores, sembramos el cuarto de fresca hierba y de verdes hojas, cubrimos el lecho con una tapicería de seda, dejamos la cabeza descubierta, y la muerte parecía sueño. Los niños entraron varias veces durante el día y por la noche. «Abuelita duerme, ¿por qué duerme tanto? ¡Abuelita, despierta!» ¡Ay! abuelita no respondía...

Dormía eternamente el sueño de los justos; el alma había volado á otras regiones... Cuando al siguiente día, en el coro de la iglesia los cánticos postreros repetían el *Dies iræ*, allí, arrodillado junto al féretro, sintiendo que el corazón se me hacía pedazos, pensaba yo que no era aquel el día de la venganza que la iglesia recuerda, sino día de fiesta en el cielo.

Con la última paletada de tierra que ví caer en el humilde Camposanto sobre la santa mujer desaparecida, cayeron de mi corazón todas las humanas ilusiones y todas las esperanzas y todas las alegrías... El cuarto vacío, el lecho desierto, la virgen muda, el asta de la bandera apoyada sobre el muro; todo parece decir con

distinta voz: «No esperes ya nada.» Se reemplaza la mujer, se engendran nuevos hijos, se sustituyen los amigos, se halla nueva patria, se cambia de religión; todo puede renovarse en la vida; la madre perdida no se recobra nunca. Este dolor es forzosamente eterno, debe ser el comienzo de la melancolía que influye en la salud y nos lleva al fin deseado en que se funden las almas, allá, sabe Dios dónde.

París, Junio 1885.

---



# EN EL CEMENTERIO

El carácter francés tiene grandes cualidades, y una de ellas, á mis ojos, consiste en el culto que los franceses rinden á sus muertos.

No iréis á ningún cementerio de París, ya sea día de fiesta ó de trabajo, sin hallar siempre mucha gente, público simpático, mudo, triste, melancólico, que va allí á cuidar la tumba de sus seres queridos sin ocuparse de otra cosa.

Dijérase que todos los que vamos con frecuencia nos comprendemos con una mirada. La juventud, la hermosura, la elegancia, nada nos llama la atención. Si al cruzar una calle de sepulturas un hombre y una mujer se encuentran cara á cara, no se miran como lo harían en la calle ó en un salón. La atmósfera de los muertos disipa todo sentimiento mundano.

Aunque yo hubiera sido muy rico, no habría hecho enterrar á mi madre en el Père Lachaise, inmensa ciudad de tumbas magníficas, donde

la vanidad ajena puede distraer del dolor que requiere recogimiento. Los cementerios humildes me encantan. Losas funerarias, cruces y flores. ¿Para qué más? Elevar un monumento suntuoso sobre el cadáver de un sér adorado, es acto de soberbia que se compadece muy mal con la poquedad del sér humano.

Qué agradable tranquilidad la que se respira en este Camposanto del barrio de Clichy, á la sombra de los frondosos árboles de la plazoleta que rodean los sencillos monumentos elevados por los que quedaron á los que fueron!

Mi madre está allí; su cuerpo reposa bajo un sencillísimo jardín que mis amorosas penas han creado. Los heliotropos y las margaritas se entrelazan con las campanillas y los jazmines. En medio se alza la naciente palmera que sus santas manos cuidaban en el salón y que hemos trasplantado á la sepultura. Dijérase que del fondo de la tierra se eleva aquel hálito puro dando su vida á las flores.

La tumba está allá, al fin del largo paseo en que el cementerio termina. Por detrás de la tapia se oye pasar con profano estruendo el tren, y el humo de la locomotora penetra á veces en el sagrado asilo. Después, queda todo en calma y sólo se oyen las tímidas pisadas de otros tristes como yo, que van con su modesta regadera en la mano á cuidar el jardín de la madre, el hijo ó la esposa.

Santa paz, refugio adorado de las almas tristes. Bien sé yo que el alma voló á otras regiones y que el culto á la materia, que ya será pasto de las orugas, no es si no refinamiento de pesar íntimo ó incurable; pero allí, en el hoyo profundo que ahora cubren las flores, la ví caer y desaparecer para siempre. Allí está, aunque no esté. Lo que en esta miserable vida vemos, oímos y tocamos, los labios que buscaron mi frente, las manos que me enseñaron á andar, los ojos que siguieron mis pasos en la vida, cayeron en aquel hoyo negro que á paletadas de tierra cubrieron indiferentes extraños en tristísimo día.

Por eso mi salón, mi teatro, mi biblioteca, mi gran mundo, cuanto representa la vida material, está allí y á ello me llevan sin querer los pies que me arrastran hacia lugar tan preferido. ¿Dónde pudiera estar mejor, sino junto á la sombra de la única amiga sincera?

Es aquel el único lugar donde mi corazón no se siente morir, como le sucede al tornar al bullicio de la ciudad, que es inmenso desierto desde el día de la soledad que sin consuelo lloro. Contemplando la tierra que la cubre, paréceme que la siento latir debajo. Su amor maternal en el silencio de la muerte, despierta en mi memoria los versos del poeta:

*¡Oh, qué amor tan callado el de la tumba,*
*qué sueño el de la muerte tan tranquilo!*

Sueño y amor dulcísimos á ningunos otros parecidos, amores desinteresados, cariño que ya en nadie hemos de hallar, muerta aquella cuyo solo nombre es calificativo de todas las cosas grandes. «La madre tierra, la madre patria». *¡Madre mía!* Suprema expresión de ternura ó dolor, de creencias ó de esperanzas. *¡Madre mía!* decimos á la Virgen, cuyo gran encanto divino es ser Madre de Dios. *¡Madre mía!* resuena por doquier en el sangriento campo de batalla. Yo no hallo ya respuesta para esta exclamación, yo estoy solo.

Al encontrar al paso tumbas y sepulturas, he podido observar cuán diferente es la tristeza humana expresada sin un epitafio, según se aplique á tal ó cual sér. Las inscripciones de padres, hijos ó hermanos, no expresan el inmenso dolor que se observa en todas aquellas que anuncian una madre perdida. Los viudos son poco expresivos para sus esposas; los hijos todos son poetas.

Cuatro días há, que no lejos de la santa sepultura que mis hijos visitan todos los domingos, estaban enterrando á un pobre. En la fosa común caía la negra tierra sobre un féretro de madera sin pintar, y toda una familia de obreros en silencio contemplaba con ese dolor mudo que da frío en el alma, la tristísima operación postrera.

Hombres, mujeres y niños seguían el movi-

miento de las toscas manos que arrojaban á compás las paletadas. Inmóviles y callados, todos aquellos prójimos afligidos me interesaban y á ellos me atrajo la simpatía instantánea que se crea entre los desgraciados.

Cuando ya el féretro desapareció y la familia toda comenzó á retirarse, me atreví á acercarme al que me pareció más abatido y aun á dirigirle palabras de consuelo.

—Ya ve usted—me dijo aquel hombre, que era el viudo de la pobre obrera que acababan de enterrar—la desgracia es así, nunca viene sola. En un año he perdido mi modesto capital, dos hermanas, un hijo, ahora mi esposa. Mi madre dice que nos han echado una maldición...

—¡Ah! ¿Pero tiene usted aún madre?—exclamé.—¿Pues de qué se queja su corazón? Trabajando podrá usted recuperar lo perdido, acaso dentro de un año esté usted casado otra vez y la mujer le dará nuevos hijos; pero si esa madre que aún vive desaparece, ¿quién la reemplazará? Y el hombre acabó por convencerse.

Y me separé de él, viéndole alejarse con íntima envidia. Un hombre que tiene madre, me decía, un hombre que aún puede ser dichoso. Allá en España cantan:

Ya se me murió mi madre,
ya se acabó mi ventura,
nadie sabe qué son penas
mientras su madre le dura.

Yo he desafiado siempre á la adversa fortuna. La vida es batalla, la lucha es inevitable; desdichado de aquél á quien le vecen las amarguras. ¡Ay! Pero estas penas no tienen defensa, este dolor es el único que no consiente lenitivo...

París, Octubre 1885.

---

## LA CARMEN

La otra noche, en el *Fígaro*, hubo, organizada por mí, una fiesta española.

Cantaba Gayarre, daba á conocer Massenet fragmentos del *Cid*, tocaban los bandurristas madrileños y bailaba la *Carmen*.

La *Carmen* en París, porque en Madrid se llama la Adela.

Es aquella Adela Iglesias, la hermana menor de las tres famosas por lo bonitas. Encarnación de la sal de Madrid, representación de nuestro baile popular, algo, en fin, que á mi me saca de mis casillas y que después de un mes pasado en la madre patria, parecía ser una prolongación del placer experimentado en mi tierra.

Apareció radiante de color local, con sus flores en la cabeza y su pañolón de Manila bordado de flores, los brazos en jarra y la sonrisa en los labios, esperando las primeras palabras del *zapateado* que iba á cantar el maestro Giró, para jalear aquel cuerpo salado.

—¡Ole!—grité.

Blowitz, la Patti, Massenet y Magnard, vuelven la cabeza y me miran. ¿Qué quiere decir ole? ¡Vaya usted á traducir estas cosas! *Ole*... es *ole*, no tengo tiempo ni ganas de explicar lo que nadie puede entender sino los españoles que están en la sala, y que comprenden por qué he de turbar la solemnidad de la fiesta con una exclamación que sale del alma...

La Carmen sale por zapateado. El cuerpo es esbelto, los pies diminutos, las anchas caderas se retuercen y tornan y giran en movimientos nunca vistos, y todas las manifestaciones del amor español íntimo y escondido, salen á vistas en desviaciones y maneras que excitan á la juventud y despiertan á la vejez allí en diferentes celebridades representadas. La gitana de Sevilla y la chula madrileña van apareciendo sucesivamente en los diferentes cambios del cuerpo que se agita en revueltas fantásticas, completamente nuevas; no es aquello el baile francés correcto y clásico, ni el italiano elegante y movido, es nuestro país que baila y ama y sonríe y amenaza y confunde y domina.

¡Oh, qué ovación tan espontánea y tan sincera! Dijérase que aplaudían los corazones. La seriedad oficial tuvo que olvidarse por un momento. El embajador de su Majestad Católica aplaudía. La nación, representada en banqueros, periodistas y particulares, se dejaba llevar

por los acordes de la guitarra y las caderas de la niña bonita.

—¡Ole!—dijimos ya dos ó tres.

Y los franceses comenzaron á exigir la explicación de la palabra.

—¿Por qué no? Mientras el entreacto nos prepara para emociones nuevas, voy á tener el honor de explicar á ustedes esas tres letras.

La Carmen me extasía, me excita, me conmueve y me trae á la memoria el Guadalquivir, la feria sevillana, la calle de Toledo en Madrid, las verbenas, la chula que va á los toros, España, mi patria, mis aficiones y mis alegrías... *¡Ole!*

—Pero...

—¿Que eso no es una traducción? ¡ya lo sé! Los italianos dicen *¡bravo!*, los franceses dicen *¡bis!*, los árabes dicen *¡tae!*, y sin embargo, estas palabras sueltas no quiere decir sino que se desea la repetición de lo que nos agrada. El *¡ole!* es algo más. El *¡ole!* es satisfacción íntima, resumen de elogios en tres letras, recuerdo del país que nos vió nacer; equivale, por ejemplo, á decir: «Bendita sea tu madre, alza parriba, venga de ahí, adelante con ella, toma circunstancias, échalo *tó*, uy, uy, uy, las niñas bonitas, viva España, no te me pares, vamos andando, quién te quiere á tí, maldita sea mi suerte, ahí va Madrid, desnudita vengo, la sangre torera, que siga y que dure, *ole, ole, ole!*»

Los franceses estaban asustados. No comprendían una palabra; sin embargo, hay un idioma universal que no consta en gramáticas y que se aprende en los ojos, en el acento, en los movimientos de las manos. Yo podría explicarme mal, pero mis palabras se comunicaban como por una corriente magnética.

Y la Carmen volvió á salir y se preparó á bailar el *Vito*. Con el diminuto calañés en la cabeza, los brazos serpenteando al rededor del cuerpo garboso, mi resalada compatriota mataba la araña, por más que los franceses no veían la araña ni comprendían cómo la mataba. Daba la vuelta entera al tablado con deliciosos remangos de falda y se retorcía como una culebra, trastornando sentidos. Como movidos por un resorte, los corazones palpitaban, los ojos se abrían desmesuradamente, la chiquilla tornaba y volvía, y ya todos éramos unos. Al acabar mi *ole* fué el primero, y sin entenderlo ni discutirlo, sin saber por qué ni para qué, los espectadores todos prorrumpieron en la exclamación nacional: ¡*Ole, ole, ole!*

Desde aquel momento, el *ole* ha quedado consagrado, y, ó poco hemos de poder, ó hemos de incluirlo en la primera edición del Diccionario que prepara esta Academia, para que conste en él una palabra que por singular composición se siente y no se explica.

La *bailaora* y el *ole* irán siempre juntos en la

patria del can-can y del baile con argumento; porque este baile español, excepción del arte por el arte y reproducción muda de nuestras pasiones escondidas, ha de hacer su camino, como todo lo que habla al alma. Tiempo hacía que pedíamos á la madre patria una expresión de sus más íntimos recuerdos, y ahí está. La Carmen viene á despertar en nosotros el sentimiento de nuestras costumbres populares, el amor del país que siente y que ama, el recuerdo de aquellas expansiones que constituyen el modo de ser nacional... Parece que no, y el baile puede ser algo muy importante. Al compás de la copla que dice:

Cádiz no se llama Cádiz
que se llama relicario
porque tiene por patrona
á la Virgen del Rosario.

La Carmen baila lo que bailaban al són de los cañones de Soult las gaditanas del tiempo glorioso. Cuando el que las jalea diga

Toma castañas
verás que gusto tienen
á resaladas...

el buen pueblo de *Madrid* se nos aparecerá al són de las seguidillas y viviremos lejos y cerca del sol madrileño y de los ojos que dan vahidos...

¡Salve! decían los antiguos.

Los modernos decimos *¡ole!*

París, 1886.



# MIS NOCHEBUENAS

(NOTAS ÍNTIMAS)

Me pide el entrañable amigo Moya un cuento de Nochebuena para *El Liberal,* periódico que es para mí como un hogar de familia, que recuerdo por las noches en el *Fígaro,* cuando comparo mis afecciones españolas con mis afecciones francesas. ¡Oh quién me diera—exclamo á veces en español (y mis compañeros de por acá se quedan con tanta boca abierta)—estar ahora en la calle de la Almudena entre Cávia y Moya escribiendo cuartillas y cenando mi buen jamón y mis almendras tostadas, y echando por aquella boca, entre mi familia literaria!

¡Un cuento! No; un suspiro patriótico, una sucesión de recuerdos, una serie de estudios comparativos. Alarcón escribió *La nochebuena del*

*poeta...;* pues á mí me da hoy la gana de escribir las mías.

Español y nada más, independiente por carácter, trato y me codeo, y me complazco en ver aquí á todos los españoles, blancos y negros, liberales y conservadores, ricos y pobres, modestos y vanidosos. Desde el millonario hasta el emigrado, desde el carlista hasta el anarquista, todos me parecen unos. ¿Qué me importan á mí los cambios políticos y las diferencias que entre unos y otros existen? Fuera de España yo no soy más que un grande agradador de todos los Segismundos que hablen mi lengua y sientan como yo.

Por eso mis nochebuenas han sido tan diferentes en once años.

De las cien invitaciones que recibo, elijo cada año una diferente, y una cena anual me hace recordar nuestra manera de ser en tal día del año.

Porque nosotros los españoles, tenemos, además de otras muchísimas buenas cualidades, la de saber solemnizar las fiestas del calendario.

Yo voy á donde se coma besugo y turrón y se cante el clásico *carrasclás,* y se brinde por la patria. Tiempo me quedará todo el año de hablar francés y escribirlo y oirlo, y hacer como que me convenzo. Pero, como dicen en Filipinas, *yo cuidao!*

Mis primeras nochebuenas las pasé con don Manuel Ruiz Zorrilla, en el año de 81. ¡Qué diablo! Las diferencias políticas, las cosas que les pasan á los hombres, las miserias humanas y los derechos divinos, todo eso que se llama la política, y que, según mi ilustre amigo Magnard, es una cosa inmoralísima, porque nadie sabe hoy lo que será mañana, no me han impedido nunca querer muy de veras á este hombre de bien, patriota si los hay, español á machamartillo, que nos dió hace once años una cena de familia á todos los que estábamos sin ella en París, y que éramos lo menos treinta. Allí se brindó por todos los grandes ideales de la humanidad, y, como dijo mi inolvidable amigo Becquer:

*recuerdo que aún tengo la ropa á secar,*

sin perjuicio de reconocer la buena fe de los que aún esperan desde hace dieciocho años. ¡Y... quién sabe! Ocho embajadores he conocido en estos once años, y aquí me quedo esperando al que nos envíen alguna vez D. Carlos ó el Petróleo. Nadie puede decir de esta agua no beberé, y todo pasa, y sólo Dios es eterno, decía Santa Teresa.

Pues aquella noche, D. Manuel nos rehizo la patria en París; nos creímos durante cuatro horas en pleno 68, y la cena no nos hizo daño por eso.

Mi segunda noche buena se pasó... en un palacio.

También aquí hay palacios, y reinas que son eternamente españolas, reinas que viven aún, de lejos, la vida del país donde nacieron, y sienten y hablan en español, y suspiran, como yo, por la Virgen de la Paloma y por las rosquillas bañadas de la plaza Mayor, y hacen de su mesa, mesa nacional, donde se come siempre el arroz á la valenciana, y las criadillas (plato desconocido en Francia, y que, cuando se les explica á los franceses, dicen que no lo comerán jamás, porque les da lástima del buey); y el buen pajarete, y el clásico arroz con leche. Allí se piensa siempre en el país, y se recibe á todo español con los brazos abiertos, y se hace el bien por el gusto de hacerlo, y no se echa jamás en cara, y la casa tiene color de familia y se vive del corazón, y la dueña de la casa tutea á todo el mundo y le dice, empujando al hablar y metiéndose en el alma: —Porque ¿tú sabes? yo soy así, y el que no me quiera, que no me quiera, y lo que siento allá va, y conmigo se cuenta siempre, y á española no me gana nadie. Y recuerda, sin saberlo, el cantar que dice:

«Me dijiste bajando
por la escalera:
¡como por tí no quede,
por mí no queda!

Y en los grandes días del año, la patria sur-

ge como por ensalmo allí, y se olvida todo, revoluciones, guerras civiles, grandes catástrofes nacionales. Esta segunda nochebuena fué tan memorable como la anterior, y los dos patriotas eran vecinos.

La tercera... la pasé en casa de un *indiano*, un tipo originalísimo, que, como ya se ha muerto, no se ofenderá porque se lo diga. Supongo yo que los muertos no oyen nada, con permiso de Aristóteles y de Papus. Este hombre había salido de España el año 38, por carcunda. Había hecho una fortuna en la América del Sur, y vino á Francia á pasar un invierno. Se instaló en grande, y quiso celebrar la nochebuena á la española.

Mire usted, me dijo; va usted á organizarme una fiesta nacional, porque yo estoy rabiando por volver á mi país, y entre tanto quiero que tengamos una nochebuena esencialmente española.

Y allá fuí yo con una escolta de guitarristas y cantantes y bailadoras y me cargué de comestibles y *bebestibles* del país, capaces de acabar con el estómago de todos los concejales del Ayuntamiento de Madrid y de todos los diputados franceses. Eramos cincuenta *cenadores*, todos españoles ó americanos, y al són de los panderos y de las zambombas, traídas expresamente de Madrid para el caso, bailaron juntos los viejos y los niños, y se representó en un nacimiento con

sus pastores de barro y sus surtidores de agua natural, y sus reyes magos y todo, una escena de *Chibatón en la selva encantada,* drama tan popular entre la gente menuda, como lo es el *Don Juan Tenorio* entre la grande, y se repitió aquello que le dice San José al diablo:

...Ya te *conozgo,*
que te se ve la coleta
por debajo del ranglán!

Y el indiano, que llevaba veinte años de hablar inglés en los Estados Unidos, ó griego en nuestras antiguas Américas, lloraba de gusto y decía, como todos los que vienen de por allá:

—¡Lindo, lindo! Mire como se divierten los mocositos y como conversan ellos de las cosas del *páys* (acento en la *a*).

Y la señora, amabilísima, indicando el camino del comedor, le decía á todo el mundo:

—¡Vengan á tomar!—Y allí se ostentaban recordando la fraternidad hispano-americana, los pavos trufados y el jamón, las chirimoyas venidas de lejos, el aceite de Ojén y el café de Caracas. Las doncellas, cogidas de las manos, formaban ronda dejando á los niños en medio, y cantaban todos juntos aquello de

Yo tengo una casa
para la Tomasa,
yo tengo un clavel
*para la Isabel!*

Y las personas mayores, aunque vestidas de frac y corbata blanca, y las señoras descotadas, cogían la clásica pandera, y con vivas á España, repetían el coro infantil:

Yo tengo una casa
para la Tomasa,
yo tengo un clavel
para la Isabel!

Después se leyeron versos de Grilo y de Zorrilla y se cantaron villancicos; y para que mi amigo recordase su infancia, y con ella las oraciones olvidadas, le acosté los niños haciéndoles coro los míos, recitando las cosas místicas de los niños españoles:

Señora Santa Ana,
señor San Joaquín,
guardadme mi sueño
que voy á dormir...
Cuatro esquinitas
tiene mi cama,
cuatro angelitos
que me la guardan.
Dos á los pies,
dos á la cabecera,
la Virgen María
es mi compañera.

Y allá dentro se oía el coro:

¡Carrasclás qué niño tan guapo;
carrasclás, qué gordito está!...

La cuarta nochebuena se pasó en familia; la

cena la presidió la madre amorosa, cuyo fin avanzaba... La muerte estaba sentada en el primer rellano de la escalera y nos dejó aquella noche libre para brindar por la santa mujer á quien los nietos ofrecían Champagne, que ella rechazaba porque no era vino español. Alma patriota, que vino á Francia á despertar en nosotros el amor de la tierra natal! En Alsacia dan nombres á los inviernos según el suceso magno que en ellos ocurre. El «invierno de las cigüeñas, el invierno del judío polaco...» Para mí el de 1884 se llama el «invierno de doña Rosa.» Doña Rosa no quería reconocer las grandezas de París, no quiso nunca hablar francés, tenía el odio aragonés, era la representación viva de las mujeres del sitio de Zaragoza. Aquella noche fué solemne, conmovedora... El brindis maternal fué como un testamento: «¡Las riquezas no importan nada, los honores y las vanidades son el sueño de los tontos; sed siempre cristianos, sed siempre honrados, sed siempre españoles!» Y se alzaron los vasos y corrieron las lágrimas y la muerte subió hasta el segundo rellano...

La nochebuena siguiente la pasé en Madrid, en casa de Castelar. ¡Oh! Ésta fué de las magnas, porque este entrañable amigo sabe solemnizar las fiestas nacionales, reune á los suyos, rinde culto á la tradición: es la patria hecha hombre. Mi buena fortuna quiso que el día

24 de Diciembre estuviese en Madrid, y allí, en el comedor de la calle de Serrano, evocando recuerdos y arreglando el mundo, se pasaron deliciosamente las horas. Dichoso país el nuestro, en que la política que los hombres hacen no ha influído nunca en sus afecciones personales! Esto sólo se ve en España, y hay que reconocerlo como gran cualidad de los españoles.

Allá, en Flandes, á donde me llevó un asunto particular, me sorprendió la nochebuena siguiente: y en medio de la plaza del Hotel de Ville de Bruselas, que es sin duda una de las grandes impresiones de viaje del mundo, pensaba yo á las cuatro de la tarde: ¡Solo! ¡Dios mío, solo en un hotel en una noche como ésta!... Caía el sol, parecióme ver aparecer en las ventanas del Ayuntamiento la figura del Duque de Alba, presidiendo á la ejecución los condes aquellos... La plaza es un sueño, es la evocación de todo un siglo... Para un español, Bruselas es la España antigua... ¡Solo! ¡Solo aquí!

Algún ángel que vela por mí me mandó, sin duda, acercarme á un grupo de obreros, y oí estas palabras en español:

—¡Qué quieres! Está uno sólo, pasaremos la noche tú y yo; si quieres, traeré á la *chica*.

—Sí—decía el otro,—pero la *chica* no es familia.

Sin más ni más, y como movido por un re-

sorte, me metí en el grupo diciendo: buenas tardes, señores.

Fué un cambio de sorpresas.

Los dos obreros, que estaban en un grupo de belgas, me contestaron, pero no francamente. Era natural que la presencia de un extraño les alarmara, sobre todo en un país donde el obrero es vigilado. Saqué mi tarjeta y la dí. Uno de aquellos hombres me conocía; no es extraño, ni debo decirlo por vanidad; pero en treinta años de emborronar papel y de escribir en varias lenguas, ¿cómo no ha de conocerme mucha gente?

Propuse una cena. Así como lo digo. ¿Cuántos españoles pueden ustedes reunir?—De *amigos*, somos nueve.—Los había tipógrafos, corredores de comercio, mineros sin trabajo. Dos carlistas, un republicano, seis indiferentes. Todos ausentes de España desde muchos años; todos pensando en sus familias y convertidos por el momento en familia mía.—¡A las once de la noche en el hotel de Flandes!

El hotel de Flandes es el más aristocrático de la ciudad y el dueño no quería permitir la entrada de los obreros. Me tomó por un loco cuando se lo propuse. Fué preciso preparar un salón aparte; la cena costaría muy cara, ¿qué me importaba á mí? Á las once en punto llegaron todos, limpios, aseados, vestidos de negro. Les hice un discurso patriótico, les recordé sus ho-

gares y sus familias; más de uno se conmovió hasta el extremo de llorar... Uno de los emigrantes, no se cuál, levantó una copa y dijo:—A lo que todos deseamos.—Brindé.

Las dos otras nochebuenas que siguieron á ésta no tuvieron gran *saliente*, como se dice ahora; la antepasada la celebré en la embajada española. Los diplomáticos la suelen llamar la casa del Rey; yo la llamó la casa de España. La bandera amarilla y encarnada está á la puerta, y la bandera no es propiedad de uno, es de todos.

Era embajador el que vuelve ahora, un hombre de estado salido de nuestra profesión, periodista, literato, orador, excelente amigo, español si los hay, popular entre la colonia. Su señora es la única posible en esta casa oficial, por donde han pasado tantas vanidosas. Se brindó por el Rey, por la Reina, por la Patria, por todo lo que hace vibrar el sentimiento nacional, como siempre que se está al lado de tan buenos amigos.

Este año... ¡oh! este año he de hacer las cosas en grande, y después de reunir á la familia en torno mío, he de organizar mi árbol de *Noël* internacional y distribuir los regalos de año nuevo para enviarlos á Madrid. Ya están preparados y con las etiquetas puestas. Como han de ir por el correo y yo conozco á mi gente, temo que se pierdan, y por eso los publico con anti-

cipación. Así, pues, enviaremos desde aquí por *colis postal*:

Al conde de Casa-Miranda un tratado de domesticar leones para cuando vuelva á ser subsecretario con el propio cosechero.

A Emilio Castelar un paquete de enhorabuenas.

Al Marqués de Cerralbo un álbum con mil firmas de artistas expatriados que dicen todos que se va á armar... y *bien puede*.

A D. Francisco (cuando digo D. Francisco, digo Romero) una caja de pastillas del Géraudel para poder discursear este verano por esas costas.

A D. Práxedes la maquinita de afeitarse solo, que es muy socorrida.

A D. Segismundo, varios autógrafos de Bismark, Crispi, el emperador Guillermo, el Papa y Mlle. Yvette Guilbert.

Al maestro Arrieta, la partitura de *Rascón y Danvila*.

A la Señorita Guerrero, una fotografía de Susana Reichemberg, con esta firma: Reichemberg, de la Comédie française... si vous le permettez.

Y los demás regalos los cantaremos á coro al són de las zambombas y los panderos, parodiando aquellas coplas de marras:

Una hermosa dalia
para doña Eulalia;

un tarro de miel
á doña Isabel;
un saco de *cisco*
para D. Francisco,
y un cajón de pasas
para D. Manuel!

París Diciembre de 1893.

---

## DEL NATURAL

París, Enero 1889.

DABAN las diez de la mañana cuando bajaba yo por la avenida de Villiers al boulevard Malesherbes. ¿Qué frío hacía? La estatua de Alejandro Dumas estaba como si el autor de *Monte Cristo* saliera de un baño. Las criadas, con sus gorritos blancos y sus zuecos, corrían en lugar de andar, cruzadas de brazos para esconder las manos en los sobacos. Los cocheros tenían las riendas con la mano izquierda, y con la derecha se daban puñetazos en el costado opuesto. Los caballos parecían locomotoras, echando columnas de vaho por las narices.

Allá, en una obra, en el alero del tejado, varios obreros con sus blusas blancas, acababan de colocar el zinc de los canalones á una altura de sexto piso. Uno de ellos cantaba con una hermosa voz de barítono, desafiando al frío:

La Dame blanche
vous regarde;
La Dame blanche
vous regard...

Y un mozo de café que pasaba por debajo con dos ó tres escobas al hombro, salió al medio de la plaza y le dijo:

—¡Eh, Mathieu!

Y el obrero desde arriba:

—¡Hola, amigo!

—¡Mal tiempo para andar por los aires!

—Verdad.

—¿Cómo está María?

—Tan linda.

—¿No hay novedades?

—Pronto irás al bautizo.

—Enhorabuena.

—Gracias.

—¡Cuidado!!!

.......... .................................

¡Ay! ¡Ya era tarde!

Al mismo tiempo que dijo «gracias» fué á cambiar de posición, resbaló sobre el zinc cubierto de hielo, volteó, dió con el robusto cuerpo en el andamio, quiso agarrarse á una cuerda, no alcanzó, se deslizó de costado y dando una revuelta en el aire cayó sobre la acera con un estruendo que hizo salir á todos los vecinos á puertas y ventanas.

Sonó un alarido general.—*¡Un homme tué!* Vió-

se bajar apresuradamente por cuerdas y tablones á todos los compañeros, al maestro de obras, á los aprendices, á los obreros todos. Corrieron en todas direcciones hacia el lugar de la catástrofe tenderos, peluqueros, mueblistas, cocheros que saltaban del pescante, criadas, soldados, un sacerdote, dos guardias, el boticario de enfrente, caballeros cubiertos de pieles, una señora que volvía de misa, muchachos, mendigos, yo... doscientas personas en minuto y medio.

¡Oh, qué horror! El infeliz estaba sobre la acera, exánime, rodeado de un gran charco de sangre...

Un hombre realmente hermoso, fuerte, fornido, que apenas tendría veinticinco años. La cabeza, cubierta de sedosa melena rubia, á la manera de los artistas, estaba partida en dos y dejaba ver los sesos.

Pasado el primer momento de terror, se hizo un gran silencio. Los transeuntes curiosos que tenían que hacer se fueron retirando; quedaron custodiando al muerto los guardias, el comisario y los operarios de la casa en construcción. Trajeron una camilla y entre cuatro compañeros le metieron en ella.

—¿A dónde le llevan?—pregunté.

—A su casa.

Y sin poder resistir al impulso del corazón, me puse detrás y fuí á acompañar al triste é improvisado cortejo.

No hay nada más solemne que esa camilla que de vez en cuando se encuentra al paso en las calles de París y que generalmente va seguida de una mujer que llora y de ocho ó diez trabajadores. A mí me interesa más que el paso de un entierro. Estas víctimas repentinas del trabajo son interesantísimas.

Nos pusimos en marcha. La camilla la llevaban los cuatro camaradas más fuertes. Formando el duelo, los dos guardias con las manos metidas en las mangas contrarias para evitar el frío, baja la cabeza y marchando á compás. Detrás, el arquitecto de la obra, que en el momento de la desgracia se encontraba en ella, dando la mano á un niño, tal vez hijo suyo. En seguida hasta veintitantos obreros, con sus blusas blancas ó azules, y ese aspecto marcial y apuesto del trabajador parisién, cuya bella presencia es célebre, mudos, con las gorras en las maños teñidas de cal ó de bermellón, y haciendo resonar sobre el asfalto las fuertes pisadas.

En voz baja, y con cierto temor de turbar la solemnidad, pregunté al que iba al lado mío:

—Parecía buen muchacho.

—Un excelente hombre y un obrero de mérito.

—¿Cuánto ganaba?

—Seis francos.

—Creo que era casado...

—Hace un mes.

—¡Un mes!

—Sí, señor, un mes. Todos estuvimos en la boda. Su mujer es una muchacha angelical, que trabaja en su casa para un almacén de modas. Dicen que está en cinta...

—¡Pobre hombre!

—Sus padres se morirán de pena. La madre tiene ochenta y cinco años.

—¡Pobre mujer!

—Y vive de lo que él le da.

—¿Adónde vamos?

—A su casa. Ahí, cerca, á la rue de Levis...

Y ya estábamos casi en ella: al paso, en las callejuelas de Batignolles, salían los vecinos á las puertas á contemplar con tristes ojos la silenciosa comitiva. La calle de Levis, larga y estrecha con sus arroyos de agua sucia á lo largo de las angostas aceras, recuerda las provincias de Italia ó de España: el extranjero que viene á pasar quince días alegres en París, no puede figurarse el aspecto de estos barrios humildes, con sus tabernas de cocheros, sus portales estrechos y sucios, sus casas jorobadas y con los balcones de madera... A las diez de la mañana, el público que recorre el barrio no es de lo más atractivo: carniceros y vendedores ambulantes, chiquillos desarrapados y mujeres que hablan á voces iban viéndonos pasar, haciendo comentarios sobre el triste suceso.

Ya la casa del muerto se ve. Los obreros la

indican, la vecindad comienza á suponer que se trata de un amigo, el nombre del muerto corre de boca en boca, la comitiva se agranda, y allá, en el segundo piso, se ve una linda muchacha, rubia como el oro, con una gorrita blanca adornada de puntilla, que adorna primorosamente la preciosa cabeza, y que está dando una hoja de escarola á un pájaro que la saluda dentro de su jaula con amorosos píos.

—¡Es *ella!*

Ella, que al oir el ruido y ver la camilla, inclina el cuerpo fuera de la ventana, mira, no adivina lo que sucede, sonríe á una vecina que le pregunta *quién será*, y contesta que no lo sabe...

¡Ay! Al ver que nos detenemos debajo de la ventana, y al reconocer entre los acompañantes á los amigos que hace un mes estuvieron en su boda la desdichada da un penetrante grito, desaparece, la oímos bajar los escalones de dos en dos, llega pálida como la muerte á la camilla, aparta con un violento empujón al guardia que quiere evitarle la impresión primera, y abre con sus diminutas manos la cortina que cubre al amor de su vida...

Cae sin sentido. Sepáranla de allí... ocúpanse de ella y del muerto todos y cada uno... ¡Qué afán en todos de ayudar y servir, y cómo se ve que entre los desgraciados la unión siempre está hecha!

El arquitecto saca del bolsillo una pieza de veinte francos y la echa en su propio sombrero. Después va pasando por delante de todos los presentes, y dice: «Señores, para la familia del obrero». Las manos todas se dirigen á los bolsillos, nadie se niega, quien da tres francos, quien dos, quien uno, quien cincuenta céntimos. Un saboyano que pide lismona con un acordeón, se adelanta y da sus dos sueldos... La colecta produce en cinco minutos ciento doce francos, los presentes todos deben volver á trabajar y el patio se queda desierto.

¡Quién sabe lo que será de la pobre viuda, del hijo que ha de venir, de la madre octogenaria, del padre ciego! ¿Quién se ocupa del que muere en estas brechas del trabajo que levanta palacios?... A lo menos al soldado le dicen que su muerte es gloriosa...

Al salir de allí, oímos retemblar el pavimento bajo las ruedas de un coche particular que viene por la calle arriba. El cochero, cubierto de pieles, apenas puede refrenar el paso de dos magníficos caballos. Por la portezuela asoma un viejecito envuelto en un gabán de nutria, y pregunta lo que ha pasado. El arquitecto le saluda por su nombre, le cuenta lo ocurrido y le tiende el sombrero. El viejo, después de vacilar un momento, le da cinco francos. El coche sigue su carrera.

—¡Cien sueldos!—grita una pescadera que

pregona por la calle su mercancía. ¡Oh, *bribones!*

—¿Quién es?—le digo al arquitecto.

Y éste contesta con cierta amarga sonrisa:

—¿Vió usted la casa donde sucedió la desgracia?

—Sí.

—Pues ése es el propietario.

---



## LA MANCHA

París, 1882.

Pues que tengo libre una hora—me dije,—busquemos una diversión tranquila, algo que dé lugar á la observación ó al estudio. ¡Documentos humanos! como diría Zola.

En un rinconcito del *Petit Journal* decía:

«*A marier*. Huérfana, diez y ocho años, un millón de dote. Desea un extranjero. *Mancha.*»

—¿Quién me impide pasar por soltero una hora?—pensé.—Veamos esa señorita y esa mancha.

La agencia estaba cerca de la plaza Clichy, en un segundo piso. La directora era, naturalmente, una señora con cierto aire de respetabilidad. Una jamona de invierno.

—¿Deseaba usted...?

—Acabo de leer uno de los anuncios de la casa.

—Tenga usted la bondad de pasar.

Pasamos á un saloncito amueblado con buen gusto. Muebles antiguos, cacharros, flores. En las paredes muchas fotografías de mujeres en actitudes melancólicas.

La señora me invita á sentarme á su lado.

—¿Con que venía usted á enterarse...?

—Sin duda.

—¿El interesado es usted mismo?

—Yo mismo, señora.

Un momento de silencio, durante el cual me mira, me escudriña.

—¿Sería indiscreto preguntarle á usted su edad?

La digo.

—¿Y su nacionalidad?

Se la digo también.

La señora va á buscar un cartapacio que hay sobre un velador.

Lo abre y repasa varios papeles.

—Tenemos ya—dice,—para el caso de que se trata, proposiciones de un ruso, dos chilenos, un árabe y un polaco.

—¡Ah!

—Un español sería acaso preferido. El español suele ser buen marido. Además suele tener muchos hijos, y esta señorita desea ser madre.

—Pues por mi parte...

—No sé si es esta la primera vez que acude

usted á mi casa ó á otra del mismo género para tratar de matrimonio.

—La primera vez.

—Entonces tengo que explicarle á usted el procedimiento.

—¿El procedimiento de qué, señora?

—El procedimiento que se usa para conocerse.

—¡Ah!

—Generalmente es un terreno neutral. La agencia no quiere aparecer como acaparadora de estos negocios; así, pues, después de un cambio de fotografías ó de cartas en que se detallan los informes respectivos, las dos personas se encuentran, por ejemplo, en un teatro. Toma usted un palco de cuatro asientos, y una noche yo iré con esta señorita, pues ya sabe usted que es huérfana y no puede ir acompañada de su madre, y usted acude un poco después de comenzada la función. En esa primera entrevista ven ustedes si se establece la simpatía. Después continúan viéndose aquí ó en otro sitio que no sea ocasionado á malas interpretaciones. Se trata de una señorita sumamente distinguida y...

—Eso es, hablemos de la señorita, porque hasta ahora, señora mía, no hemos hablado sino de mí.

—Aunque la casa no tiene por costumbre enseñar los retratos hasta después que la persona responde sobre los primeros informes, como me

es usted simpático, quebrantaré por esta vez el secreto profesional. Vea usted.

La señora me enseña una fotografía grande. La persona es lindísima y así lo declaro.

—Y sin embargo, la fotografía no da bien la idea de ella, si llega usted á conocerla reconocerá que es una verdadera belleza.

—Me lo figuro.

—Diez y ocho años, huérfana de padre y madre, y disponiendo de una dote de un millón de francos en fincas y valores. Si quiere usted repasar los documentos justificativos...

En efecto, los papeles están en regla. Allí hay la justificación de cuatro millones de reales para un aficionado. Casi me pesa haber ido allí como curioso y haber dado un nombre cualquiera.

—Pero—digo—nos falta hablar de lo más importante...

—¿Qué?

—Al fin del anuncio dice... *tâche*.

—¡Ah! sí. Eso lo verá usted todos los días en los anuncios y eso prueba la lealtad de la persona y la de la agencia. Comprenda usted que esas *tâches* son fáciles de ocultar.

—No tan fácil, señora.

—¡Bah! Bien se conoce que no ha sido usted nunca mujer.

—En efecto, no recuerdo...

—Pero, en fin, lo importante para el que hace una boda es que no se le engañe. Del mismo

modo que pediremos todos, absolutamente todos los antecedentes de usted antes de entrar en negociaciones formales, le damos á usted todos los que nos pida. La *casa* no oculta nada.

—De modo que... hay una mancha.

—Si, señor, pero con un millón de francos se han borrado tantas en este mundo...

Aquí la conversación toma ya un carácter grave. Estas últimas palabras de la *tal*, comienzan á causarme la repugnancia del local y de la persona, ¡la señora habla en lenguaje moderno, en vida práctica!

—Ya ve usted,—añade con toda seriedad,—otros anuncios que puede usted leer á cada momento son más latos. Por ejemplo, este que he de enviar mañana al periódico.

Y la señora lee:

«Viuda, joven, hermosa, veintiocho años, »trescientos mil francos, desea un joven con tí»tulo de nobleza, aunque haya tenido que ver »con los tribunales».

—Ya ve usted,—añade,—que para todo hay gustos, que todo se promedia en la vida. El, percibe trescientos mil francos y una mujer joven y bonita! Ella será, en cambio, marquesa. Con irse al extranjero...

—Pero podía serlo casándose con un título honrado.

—No puede; y por eso transige. Esta señora es una antigua zapatera de la calle de Pigalle.

Los títulos son muy difíciles en sus *alianzas*...

—Pero á cambio de una dote como esa...

—¡Uf! Esta boda se hará antes de quince días. Hemos casado más de trescientos marqueses arruinados en año y medio.

—Continuemos con la mancha.

—Es muy sencillo. Esta señorita tuvo, en vida de sus padres, un novio que la sedujo y después desapareció dejándola en un estado...

—Comprendo.

—Quiso ocultar á sus padres lo que la ocurría...

—¿Y su hijo?

La señora se mira las uñas de los cuatro dedos de la mano derecha y las recorre con el dedo pulgar.

—Su hijo... acaso en la precipitación de ocultarlo, no se sabe cómo... este niño murió asfixiado.

Como si me hubieran aplicado un hierro candente á la espalda, me puse de pie.

La señora continuaba hablando y mirándose las uñas.

—Y ya comprende usted que estas cosas suelen traer consigo procesos... afortunadamente el jurado fué justo y no la condenaron sino á seis meses de cárcel por homicilio, por imprudencia. Si viera usted qué mala estuvo la pobre...

—¡Luego,—exclamé,—me ofrece usted una infanticida!

La señora, poniéndose los lentes, y mirándome tranquilamente:

—Le ofrezco á usted un millón de francos.

—Es decir, que la mancha que yo creía nada más...

—¡Bah! Esas son tan vulgares, que sólo cuando van acompañadas, como en este caso, de sucesos extraordinarios, las hacemos constar.

—Señora, estoy á los pies de usted.

—Caballero, me debe usted cien francos.

—¡Cien francos!

—Naturalmente, la agencia cobra sus comisiones por adelantado. Si se casa usted nos daría uno por ciento; si no quiere casarse, como parece, me debe usted la consulta, la hora de tiempo que he perdido.

Y alargaba la mano.

—Cien francos á cambio de la proposición... ¡nunca! Prefiero el escándalo; ¡pero venga el comisario, que me ahorquen! ¡Oh, no!

—¡Ah!—gritó entonces la *señora*, ya descompuesta;—¿sabe usted por lo visto que la policía y la justicia nos quitan siempre la razón? (Declaro que no lo sabía).

—¡Corriente; vaya usted con Dios, no quiero escándalos, pero donde le encuentre á usted, le saco los ojos!

Abrí bruscamente la puerta del salón primero, y la de la escalera después, y salí de aquella horrible madriguera.

Y esto fué hace tres años.

Y anteayer, cruzando el Boulevard Beaumarchais, ví venir hacia mi una mujer en la que reconocí á la señora de antaño.

—Cumplirá su palabra?—me dije.—Por si acaso, prefiero afrontar el escándalo. Y fuíme derecho á saludarla.

—¿Va usted á sacarme los ojos?—la dije sonriendo.

—¡Bah! ya aquello pasó, y además el negocio que usted despreció me produjo con otro sesenta mil y pico de francos de corretaje.

—¡Cómo! ¿se casó al fin?

—Lea usted.

Y me tendió un periódico.

Leí: «Brillante soirée anoche en el hotel de los príncipes de... El *todo París* se dió allí cita.» Y seguían doscientos nombres.

—Luego esta princesa...

—Es nuestra huerfanita. Un príncipe extranjero, pero de veras, no vaya usted á creer, un príncipe *auténtico*, arruinado al *baccarrat* y escapado de su país por estafa, ha dado su nombre á la señorita. Se han instalado como unos reyes, dan de comer admirablemente, no niegan mil francos á un amigo apurado... Son estimadísimos. ¿Quién va á recordar ya aquel *accidente?*

Me dió frío oir á esta mujer, que sin duda debió de notar en mi cara mi asombro.

—Pero hombre, ¿de dónde viene usted—exclamó sonriendo,—que todo le choca? ¿Ni qué idea tienen ustedes de la vida práctica?

Me alejé silencioso preguntándome dónde empieza y dónde acaba eso que se llama la *consideración social*...

París, 1887.

---



# EL HOMBRE MÁS GORDO DEL MUNDO

En este momento—cinco de la tarde—acabamos de recibir en el salón del *Fígaro* al ciudadano inglés Henri Canon Berg, que pasa por el hombre de más enjundias del mundo.

Y sí que lo es.

¡Pesa este tío quinientas cincuenta libras!

Ha venido á París por la carretera, porque no puede entrar en ningún wagón. Tiene que viajar en coche ó en carro.

Aquel hombre gordo de la comedia de don Manuel Bretón de los Herreros, no era nada al lado de este inglés extraordinario. Un colega del periódico me decía al oído:—¡No es un inglés, es... todos mis ingleses juntos!

Cuarenta y cinco años tiene este rey del sebo. La fisonomía no es desmesurada; moreno, un poco canoso, los ojos grandes, el bigote de capitán de caballería. Nuestro compañero de re-

dacción, el doctor Maurice de Fleury le ha hecho un *enterview* en alta voz, en presencia de varias notabilidades que habían venido á ver á este rollo de manteca.

Parece ser que el hombre come como *cinco* personas.

Hay que darle en el restaurant cinco raciones, y en su casa algo parecido.

Tiene buena salud, á pesar de tanta gordura.

¡Pero qué gordura!

El paletot que lleva ha debido costarle dos ó tres mil francos. ¡Hay una pieza de tela!

Le hicimos ponerse en mangas de camisa; se volvió de espaldas... ¡y aquello era el redondel de la plaza de toros de Madrid!

¡El cinturón con que se ajusta los pantalones, tiene *dos metros* y *treinta centímetros!*

Pero lo verdaderamente inconcebible son los muslos y las piernas.

Aún encerradas en unos pantalones relativamente ajustados, las piernas de este hombre parecen sacos llenos de harina.

Al sentarse crujió el sofá como si le hubieran puesto encima una carga de granadas de á ocho.

Comenzó á engordar á la edad de doce años. Ha continuado hasta la edad de cuarenta, en que la crasitud tomó proporciones alarmantes. ¡Y sin embargo se mueve!—como decía Galileo.

El doctor periodista le hizo preguntas que pu-

dieran ser útiles á la ciencia. Cuánto duerme, si se cansa al andar, si anda mucho.

Y después una pregunta al oido.

Y el gordinflón, riendo á carcajadas contestó también al oido.

Y Richepín, que estaba cerca, exclamó:

—¡Qué barbaridad!

Y nosotros nos marchamos repitiendo la frase á la moda en París:

—¡Ah, la sale bète! Elle a du poil aux pattes!

Octubre 1895

---

## AL DOCTOR THEBUSSEM

PUES yo, señor mío, que sigo con verdadero interés las rarezas interesante que usted publica y colecciona, voy á añadirlas con unas cuantas, que no le desagradarán si por acaso no las conoce, y si las conoce, perdóneme la falta de novedad en gracia de la buena atención.

Son recetas y secretos que me ha enseñado un compañero de redacción que sabe mil cosas menudas, pero todas útiles.

De fijo que ahí, en su huerta, tiene usted muchas moscas; pues yo le diré á usted con qué las matará sin necesidad de recurrir á ningún veneno, que se lo pudiera beber un perro ó algún muchacho de la casa, porque los chicos son el demonio. No tiene usted más que hacer un cocimiento de *quasi-amara* lo mismo que si fuera para usted ó para mí, si estuviéramos inapetentes. Lo echa usted en un jarrón de los que adornarán su salón, cuidando de que los bordes de

la vasija queden impregnados, y verá usted cómo todas las moscas irán derechitas allí y se morirán todas.

Las hormigas deben abundar por ahí y hacer daño al jardín.

Receta infalible para exterminarlas: Cójanse conchas de caracoles, quémense con estoraque, pulverícese todo y échese sobre las flores. Esto no las perjudica y ahuyenta á las hormigas.

Pues este amigo mío, que vive en el campo, hace cantar por la noche al ruiseñor sentándose al piano y preludiando unas cuantas notas. El ruiseñor, como los canarios cantores, se deja influir por las notas agudas. Ya lo había yo observado el verano último en una casa de campo de los alrededores de París, donde el ruiseñor solía cantar entre once y doce de la noche. Notando la señora de la casa que hacía varias noches que no cantaba, creyó que había cambiado de sitio. Una noche en que dicha señora se puso al piano y comenzó á recorrer las teclas haciendo escalas en las notas agudas, oímos de pronto al pajarito, que parecía responder á un amigo.

Vaya un plato de cazador que acaso por ahí no conocen ustedes:

Aplástese queso blando, mezclándole con miga de pan y mucha pimienta, hasta hacer una pasta. Rellénese con ella una perdiz y póngase ésta al asador, y verán lo que es bueno.

Para conservar el pescado cuando hay que enviarlo de un punto á otro muy lejano:

No hay más que envolverlo en papel de plata, de modo que cubra completamente todo el pescado, lo mismo ni más ni menos que los cigarros de la Habana que vienen forrados de ese papel. Así durará hasta tres ó cuatro días aunque haga calor.

Vaya, ¿á que no sabe usted que la vaca cocida, no en agua, sino en cerveza, es exquisita? Así me lo ha enseñado un diplomático alemán, por el cual sé que éste era el plato preferido del Emperador Federico III de Alemania, que acaba de morir. La Emperatriz Augusta come siempre las anguilas con una salsa en la que el elemento principal es la cerveza, y el Emperador Guillermo, abuelo del actual, prefería á todas la sopa de cerveza.

Esta sopa, según dicho diplomático me ha contado, se condimenta con mucho azúcar; es decir, primero se corta el pan en pedazos pequeños, se le coloca en una sopera *de plata* (no de otro metal, porque no resulta) y se echa encima la cerveza bien caliente.

¡Hay que saberlo todo!

Ahora, cuando venga el otoño, puede usted ensayar un postre exquisito. Allá va la receta (esta es golosina bretona): «Cogerás varias hojas de parra y las macerarás durante una hora en aguardiente, echarás por encima un aliño

odorífero cualquiera (hierbabuena) ó un poco de eso que llaman en Andalucía *ajonjolí,* arrollarás las hojas como barquillos, las mojarás ó cubrirás en pasta de harina y las freirás en seguida.»

En Bretaña también he aprendido cómo se deben llevar los niños de pecho en brazos. Las nodrizas bretonas no tienen nunca el chiquillo en un brazo más de media hora, y en seguida lo pasan al otro. Dicen que si no se hace así, una pierna adquiere más desarrollo que la otra, y casi siempre las cojeras inexplicables de la infancia provienen de que una pierna se ha quedado más corta que su compañera por la presión del brazo de la nodriza durante meses.

Pasando á otro orden de rarezas, voy á copiar para usted un documento curioso que me procuró el año pasado un artista eminente, compatriota nuestro. Es la exposición que los gaiteros del Ayuntamiento de Pamplona elevaron á la Corporación hace algún tiempo. Va usted á ver qué literatura tan excepcional. Copio á la letra:

«Excmo. Ayuntamiento de Pamplona.

«X*** y X*** (aquí los nombres de los dos músicos municipales), casados, vecinos de esta ciudad, con el debido respeto exponen:

»Que cuando en el año de 1879 fueron nombrados gaiteros perpetuos de la Corporación municipal, llegaron á persuadirse que al servir

ese ramo tan necesario en los negocios públicos habrían de ser privilegiados sobre los demás artistas, tanto en miramientos y dignidad como en el pago de salario por las funciones á que fueron llamados; pero hoy se han convencido de que sus servicios no gozan de prelación y son considerados al nivel de otros gaiteros adocenados que se buscan en los pueblos rurales de nuestras aldeas; así es que al satisfacerles sus trabajos por los festejos celebrados con motivo del natalicio del Rey (q. D. g.) D. Alfonso XIII, ninguna diferencia han encontrado en la cuantía de sueldos ó emolumentos, y á todos los que concurrieron al llamamiento se les ha pagado igual suma.

»Este suceso contrista las esperanzas que tenían los recurrentes, fiados en el mayor mérito de sus trabajos, que han conseguido en fuerza de estudios y vigilias en el manejo del instrumento que se llama gaita, y cuya potente fuerza han llegado á dominar por virtud del constante ejercicio y asiduidad en buscar los puntos flacos y débiles de la repetida gaita, consiguiendo que sus ecos potentes se mezclan ya y busquen en una orquesta de teatro ó música militar; y tales adelantos, que desconocen los demás hombres dedicados á tocar aquel antiguo instrumento, bien merecen el privilegio que concedió el Ayuntamiento del año 1879 al considerar á los exponentes dignos de figurar los pri-

meros con sus gaitas en las expansiones que el mismo porporciona á los vecinos de la capital y á la gente aldeana que concurren á nuestras funciones populares. Los recurrentes no son menguados juglares que en lo antiguo se repelían de la sociedad: son profesores consumados en su instrumento ó gaita, particularmente cuando en orquesta demuestran los puntos más culminantes de largos ensayos y estudios sin cuento.

»Por ello, pues:

A V. E. suplican se sirva tomar en consideración esta reverente solicitud y ordenar que sus trabajos se paguen en armonía al mayor mérito que revisten sobre los demás llamados á tocar la gaita municipal.»

(Aquí la fecha y los nombres).

Y ya que le he molestado bastante, y ofreciéndole, si pueden serle útiles, otras varias curiosidades para nueva ocasión, queda de su merced devotísimo.

París, Julio de 1885.

# PARIS POR DENTRO

Mi *causerie* de esta quincena versará sobre lo que hay de más moderno y de más útil en el París de 1882.

Vamos á hablar de electricidad. Así como así, dentro de poco tal vez escriba con pluma eléctrica mis cartas, y acaso las envíe por telégrafo, costándome lo mismo que por el correo, y abreviando el camino en treinta horas.

¿Quién sabe á dónde nos lleva este diablo de Edisson, el hombre más de moda en el mundo hoy día de la fecha?

La Patti cobra mil duros por representación. Cotízanse á diez mil pesos los retratos de Raimundo Madrazo ó los cuadros de Carlos Durán. Ohnet y Sardou recaudan veinte mil duros por ciento cincuenta representaciones de sus comedias. Pues ¿qué debieran dar, por suscripción *universal*, la humanidad contemporánea de Edis-

son, á este sér excepcional, que viene á cambiar por completo la existencia de ambos mundos?

Cuanto más se reflexiona en los inventos del *yankee* mónstruo, más admiración se siente hacia su persona y su nombre.

Se comprende que los touristas ricos hagan exprofeso viajes al Norte-América con el solo objeto de conocerle, de pedirle un autógrafo ó de suplicarle ponga su firma al pie de una fotografía, que el verdadero *progresista*, en el sentido genuino, y no político, de la palabra, coloca en su salón presidiendo las de todas las notabilidades de la tierra.



Declaro que, aunque tenía perfecta idea del teléfono, no imaginaba el placer que se siente usándolo tal y como lo tiene establecido la Sociedad que lo explota en París en beneficio de los particulares. Tres días hace que se me presentó ocasión de tocar sus resultados.

Mi amigo C***, á quien fuí á visitar, me enseñó el sencillo aparato telefónico que tiene al lado de su mesa de despacho.

—Quédese usted á almorzar—me dijo—Si tiene usted muchas cosas que hacer, ahórrese usted tiempo y trabajo y hágalas desde aquí. Ahí tiene usted el teléfono y el cuaderno. Hasta luego.

Entonces ví la organización dada al servicio, y usé con verdadero placer, del aparato.

La Sociedad reparte, dos veces al mes, á todos sus abonados, un cuaderno impreso, en el que constan los nombres y las señas de todos los abonados de París. En la actualidad hay seis mil. Entre ellos se cuentan casi todas las sociedades de crédito, las agencias de teatros, los principales cafés y restaurants, los servicios fúnebres, los alquiladores de coches, médicos, modistas, grandes almacenes de comestibles, todo lo que puede ser preciso, en fin, en el día. El número de abonados particulares es ya considerable. El abono cuesta seiscientos francos al año,

Repasé mi cartera para ver si algo de lo que yo tenía pensado hacer hasta las doce de la mañana podría resolvérmelo aquel juguete que, á la altura de mi mano, me ofrecía la representación inmediata de las personas á quien yo tenía que dirigirme para diferentes negocios.

En la hoja de mi cartera decía:

»Sociedad general, rue de Provence, 54.

»Butacas del Vaudeville, encargadas por la señora de B***.

»Averiguar las señas de Luis en casa de Calzado.

»Visitar al Ministro de Méjico.

»Encargar un coche para las carreras de Vincennes.

»Comprar el libro de Darwin en la librería Baillière.»

Todo esto me hubiera ocupado la mañana entera, con más el gasto de coches, ómnibus ó tranvías. En caso de quehacer más urgente ó de enfermedad, los recados y encargos habríalos tenido que confiar, ó al correo, ó á los *commisionaires*, ó á un criado. Mucho tiempo y mucho gasto, sin duda ninguna.

Agité la manecilla que hace sonar instantáneamente el timbre en la Oficina Central de Teléfonos.

Respuesta inmediata. El timbre de mi teléfono sonó con un redoble que me obligó á poner ambos receptores en las orejas.

—¡*Voilà!*—dijo una voz.

—La Sociedad general, *s'il vous plaît!*

—*Voilà.*

Y enseguida pregunté:

—¿Quiere usted ver si en la Caja hay una letra de Burdeos á mi cargo?

—¿Su nombre de usted?

Dí mi nombre.

—Sí, señor; desde esta mañana.

—Diga usted á Mr. Valentín que yo iré á recogerla de cuatro á cinco.

—Entendido.

Acto contínuo pedí á la Oficina Central la *Agencia de teatros* del boulevard de los Italianos.

—¡ *Voilà!*

—¿Tiene usted dos butacas para el *Vaudeville*, representación de mañana jueves?

—Tengo.

—¿De qué fila?

—Segunda fila, junto, á los palcos números 42 y 46.

—¿Qué precio?

—Diez y seis francos.

—Tenga usted la bondad de enviarlas calle de ***, número 7.

—¿A qué nombre?

Dí el nombre de mi compatriota.

—Muy bien; dentro de una hora estarán en la portería.

—Gracias.

Nuevo repique al timbre, y nueva contestación del timbre mío.

—¿Quiere usted darme Mr. Calzado, 92, calle de Richelín?

—¡ *Voilà!*

Y yo en seguida:

—¿Está el Sr. Calzado?

—Está en Bolsa.

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, Fulano.

—Hola, buenos días. ¿Usted sabe donde vive el señor *** ?

—Sí, señor; calle de Bassano, número tantos.

Es decir, á dos pasos de la casa en que yo estaba.

—Gracias.

—Adiós.

Volví á llamar á la Oficina Central, que respondió enseguida.

—Librería Baillière, si usted gusta—dije.

—¡ *Voilà!* (La comunicación se establece siempre en el acto.)

—¿Tiene usted la última obra de Darwin?

—¿Cuál de ellas?

Dí el título de la obra, que un amigo bayonés me había pedido.

—La tenemos.

—Tenga usted la bondad de enviarla por el correo de hoy á Mr. ***, rue Thiers, 15, Bayona.

—¿Quién ha de abonarla?

—Yo, Calle de la Paz, 20.

—Hoy saldrá.

—Gracias.

Inmediatamente pedí la Legación de Méjico.

—¿Quién es?—dijo una voz de mujer, tal vez la doncella.

—¿A que hora puede verse al Sr. Ministro?

—Después de las dos.

—Gracias.

Y con un nuevo repique al *bureau* Central, me puse al habla con el gerente de la casa *remisage* de coches de la calle del 4 de Septiembre.

—Presente.

—¿Tiene usted un coche para las carreras de Vincennes?

—¿Para cuántas personas?

—Para doce.

—Espere usted un momento.

Esperé.

A los cinco minutos sonó el timbre.

—Aquí estoy.

—¿Tenemos coche?

—Hay uno para diez y seis personas, pero costará lo mismo.

—¿Y el precio?

—Ciento ochenta francos por toda la tarde.

—¿Desde las dos?

—Desde la una si usted quiere.

—Conformes.

—¿A dónde hay que enviarlo?

—¿A casa del Conde de ***, Avenida Villiers.

—Perfectamente.

*
* *

Todos estos encargos y conversaciones habían durado diez y siete minutos.

La distancia desde la casa en que yo estaba á los diferentes puntos donde están situadas aquéllas, á donde por medio del teléfono me dirigí, la calculamos, almorzando, mi amigo y yo, en veintitrés ó veinticuatro kilómetros por la parte más corta.

El tiempo que yo hubiera empleado en reco-

rrer los diferentes trayectos de mi itinerario matinal, no hubiera bajado de tres ó cuatro horas.

—Y eso para los negocios—me dijo mi amigo;—que para cosas menos práctica, el teléfono es un verdadero encanto del hogar. Anoche estuve yo hablando media hora con mi abogado, que vive al otro extremo de París, sobre la marcha de mi pleito. Avisé á mi médico, que vive en Passy, para que viniera enseguida á ver á mi hija, y estuvo aquí á la media hora justa; y á las doce y media, cuando mi amiga ***, volvió de su teatro, la llamé y la pedí que me cantara aquella romanza de Suppé que ella dice con tanta gracia, y estuve oyéndola desde aquí con tanto placer, que hoy le he enviado un ramo de rosas en recompensa de su galantería.

—Pues... pásmese usted—dije yo entonces; en mi país, hace *tres años* que se está pensando en establecer la red telefónica de Madrid, y el asunto lleva trazas de no resolverse jamás, porque allí no hay...

Mi amigo sonriendo, me dijo:

—Eso me recuerda la constante frase de un grandísimo pintor español, á cuyo *atelier* voy con frecuencia, y el cual, siempre que oye decir á algún amigo:

—Hombre, en España debe de haber...

Sin dejar de acabar la frase exclamaba en seguida:

—¡No siga usted, no siga usted; en España no hay nada!

*
* *

Hasta aquí lo que se refiere al teléfono. Respecto á los diferentes servicios *eléctricos* de París, la relación no vendrá mal á los lectores españoles, por si entre ellos los hay ó concejales ó diputados.

Es ya tiempo de que Madrid comience á estar á la altura de una gran capital, y de que compare su atraso con el adelanto de otros países.

Compárese, en efecto, los servicios que la electricidad, reglamentada por el Municipio ó por el Gobierno, presta á esta inmensa población de París, y calcúlese cuánto hay por hacer todavía entre nosotros.

Un ligero resumen, porque no dá más espacio un periódico, bastará para formarse idea de la importancia de estos servicios.

París cuenta en la actualidad cinco redes de comunicación instantánea en constante juego.

Red eléctrica del Estado.

De tubos pneumáticos.

Municipal.

De interés privado.

Telefónica.

La red eléctrica del Estado tenía en Enero del año 78 un desarrollo de 737 kilómetros de

hilos telegráficos. De entonces acá ha aumentado considerablemente, habiéndose dividido en dos secciones.

La primera establece la comunicación entre las diferentes oficinas telegráficas de París con la central, por ochenta y un alambres; la segunda une el telégrafo de la Bolsa con las oficinas de París por cincunta y seis hilos llamados urbanos.

El desarrollo total de esta doble red, es actualmente de novecientos cincuenta kilómetros.

La red pneumática, merced á la cual los telegramas escritos de puño y letra del expedidor van por medio de tubos de un lado á otro de París, hace su servicio en treinta y nueve oficinas parciales de Telégrafos. Es, sin duda, el más en juego, porque evita mucha escritura.

La red municipal tiene una extensión de ochocientos kilómetros, y sirve exclusivamente para la asistencia pública, alcaldías, policía municipal, prisiones, casas de socorro, zapadores bomberos y unificación de la hora para todos los relojes públicos; ó sea lo que se llama en París hora pneumática.

La red de interés particular ó privado, tenía un desarrollo de treinta kilómetros próximamente hace cuatro años. Hoy pasa de cuatrocientos, y además del servicio particular, sirve para establecer la comunicación, en caso de necesidad, entre los establecimientos particulares

que tienen telégrafo, con los puestos de bomberos para los casos de incendio.

Por último, la red telefónica, concedida á una empresa particular, y que el Ministro de Correos espera convertir en servicio del Estado el año que viene, tiene un desarrollo de cuatrocientos kilómetros próximamente, y establece la comunicación hablada, preferible á todas.

Calcúlese ahora la facilidad de comunicaciones de que el Estado y los particulares disfrutan, y que evitan todo embarazo en cualquier asunto urgente.

*
* *

La red telefónica, sobre todas, ha resuelto un sin fin de necesidades.

El moderado coste de cincuenta francos al mes, al alcance de casi todas las fortunas, la hace progresar cada día más; y en el momento en que el Estado se apodere de este servicio, hemos de verlo reducido á precio muy ínfimo. Ya se indica que no llegará á veinte francos por mes.

Los aparatos son sencillos, cómodos, adornan un salón ó un despacho, y el servicio se hace con admirable prontitud.

Puesta en comunicación mi casa, por medio de teléfono, con las de mis parientes, con la de mi médico, con todas aquellas, en fin, á las

cuales un criado, un cartero ó un telegrama, tardarían en llegar de media hora á dos horas, segun la distancia, la vida resultará en París, como resulta ya para los abonados actuales, mucho más cómoda que en una población de tercer orden, donde las distancias son insignificantes y las necesidades de mutua comunicación indiferentes.

De los resultados prácticos del teléfono no hay que esforzarse en alegar grandes pruebas. Diré, sin embargo, lo que *El Times*, de Londres, acaba de hacer, y que ya es un hecho consumado. *El Times*, ha establecido ya definitivamente el servicio directo telefónico desde Westminster á su redacción, para dar cuenta de las sesiones del Parlamento casi con la misma rapidez que los taquígrafos y sin perder tiempo en escribir nada.

Los estenógrafos dictan sus copias por los receptores de varios teléfonos, que comunican directamente con la imprenta del *Times;* un cajista, uno solo, recoge las palabras y las compone á máquina. De esta manera el orador que usa de la palabra sabe que es á la vez *taquigrafiado,* repetido é impreso.



Y como la electricidad lo invade todo, y no basta tener luz eléctica en la Opera, en las Tullerías, en la plaza del Teatro Francés... el Sin-

dicato de la Lámpara-Sol se propone hacer algo más asombroso aún, y que viene á probar hasta dónde llega el perfeccionamiento de toda idea nueva.

Los talleres de la Lámpara-Sol están en la Avenida de Wagram, es decir, á tres kilómetros de la Grande Opera.

Pues, bien, el Sindicato ha propuesto á Monsieur Vancorbeil... alumbrar desde la Avenida de Wagram el *foyer* de la Opera por medio de hilos eléctricos tendidos en las alcantarillas.

¡Oh Torquemada y colegas! ¿qué dijérais si tal cosa pudiera llegar á vuestras tumbas respectivas?

¡La luz por el correo! Es lo que nos queda que ver, y acaso no hemos de tardar mucho en verlo.

Una vez probado que lo que el Sindicato referido propone es facilísimo, un individuo que habite en el campo podrá, puesto en comunicación, por medio del teléfono, con los talleres de la Avenida de Wagram, sorprender al pacífico vecino de la aldea que no tenga conocimiento de estas novedades, diciendo sencillamente: «¡Luz!», y esta palabra, que repercutirá á veinte ó treinta kilómetros de distancia, producirá la luz en el salón donde el aldeano no vea ni criado, ni fósforos, ni mano que aplique una luminaria cualquiera á los candelabros. ¡Y el hombre del campo, el hombre de ayer, creerá

que el hombre de hoy es Dios, porque, en efecto, lo parece!

***

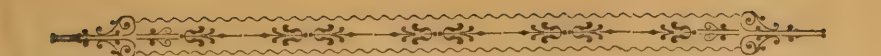
Yo sé que mi respetable abuelo tardó veintitrés días en ir desde Zaragoza á Madrid, allá por el año de 1814, célebre por las grandes heladas.

Sé que las cartas por él escritas á mi respetable abuela, que se quedó esperándole, tardaban en llegar á su poder cerca de tres semanas.

Aun recuerda mi madre los tiempos no lejanos en que el criado, provisto de un farol, esperaba á las señoras á la salida de la tertulia para acompañarlas á casa, alumbrando su camino de tortuosas calles, en las que ni un solo farol interrumpía la oscuridad de la capital de provincia.

El vapor nos lleva en treinta horas de Madrid á París; hablamos desde nuestra casa con el vecino que vive á seis kilómetros; recibiremos pronto la luz como se recibe una carta, y aquél que tenga paciencia para depositar en las placas del fonógrafo, durante un mes ó mes y medio, discursos, consejos, exhortaciones á la virtud, canciones, plegarias, palabras cariñosas ó reconvenciones para casos dados, podrá dejar á sus hijos su propia voz, animándoles al trabajo ó reconviniéndoles sus defectos, que es casi como quedar en el seno de los suyos, pese á la muerte, que hasta hoy pretendió borrarlo todo.

París, 1882.



## EL TEATRO CONTEMPORÁNEO EN FRANCIA

OCUPADO todo el tiempo en crónicas y revistas de actualidad, escritas al correr de la pluma y sin más pretensiones que las de tener al corriente de cuanto en París ocurre al público lector de diferentes periódicos españoles ó americanos, apenas hemos tenido espacio ni ocasión para hacer algunas reflexiones sobre el movimiento literario en que aquí vivimos, especialmente en lo referente al teatro, nuestra más constante afición y culto ferviente.

Hoy, dedicaremos algunos momentos á nuestras observaciones particulares.

Sobrado independientes, y acaso sobrado patriotas, hablaremos por cuenta propia y sin obedecer á espíritu alguno de escuela. No admitimos ninguna; queremos ignorar lo que quiere

decir realismo, impresionismo y demás palabras de moda, que tenemos por palabras y nada más. Nos parecemos en esto al espectador vulgar, con quien pretendemos identificarnos al juzgar el teatro extranjero. Lo bello nos agrada; lo feo nos repugna; aplaudimos todos los géneros, si géneros hay, por más que los reduzcamos á dos, en términos muy vulgares; el bueno y el malo, el que nos hace sentir ó reir, y el que nos hace protestar ó volver la espalda.

No hay escuelas, no, ni maneras especiales de conmover al lector ó espectador de un libro ó un drama. La belleza en el arte pudiera definirse como definió la verdad San Agustín: *Verum est quod est.* El fin del arte dramático, ha dicho con gran sentido madame Stäel, es conmover el alma, ennobleciéndola, y cuanto se pretenda para crear géneros nuevos ó hacer del teatro una moda de los tiempos, será, sobre violento, absurdo, porque el mundo ha de ser siempre el mismo y la humanidad no ha de inventar pasiones nuevas. Así, pues, el teatro, ahora como antes, y siempre como ahora, será reflejo de las costumbres y pintura de los vicios ó lados ridículos de los hombres, sin más novedad que la que den á sus obras la fuerza de concepción del autor y los encantos de su estilo.

Nada, pues, tiene de extraño (y entremos ya en materia) que el teatro moderno francés sea,

como el país que lo produce, ó frívolo, ligero é insustancial, ó violentísimo y vicioso, como la sociedad que traslada á la escena. Cuantas obras importantes hemos visto estrenar en cuatro años, reflejan la vida de París con todas sus despreocupaciones, desenfados y libertades de costumbres. El adulterio, el divorcio, las consecuencias de la vida desordenada y vertiginosa parisiense, los amores impúdicos y las relaciones ilícitas, todo lo que es inmoral y desconsolador para el que no hace de la vida un goce material, es asunto constante de estas comedias. Llámense Dumas ó Sardou, Augier ú Ohnet, Delpit ó Mendés, Richepin ó Gondinet, el autor dramático contemporáneo parisiense ha de plantear siempre en la escena problemas basados en cosas que en todos los demás países se tratan en privado. De los autores cómicos nada hemos de decir, porque sabido es que sus obras son un conjunto de situaciones más aplaudidas cuánto más descocadas, y en estas obras no se concibe ni se aplaude chiste que no sea indecente, ni frases que no se distinga por su color subido. Así, pues, el teatro contemporáneo francés es esencialmente inmoral, y cuenta que no lo decimos en són de censura, sino para afirmar un hecho positivo. «Yo no sé si el hombre del siglo XIX debe ó no debe casarse—ha dicho un notable escritor español contemporáneo;—lo que sé es que se casa.» Yo no sé—po-

driamos decir nosotros en esta ocasión—si el teatro moderno debe ser descarnadamente material y obsceno; pero hago constar que lo es. Y así como Voltaire le escribía á Roussean después de hojear el libro famoso del filósofo ginebrino: «Acabo de leer vuestra obra, y me han dado ganas de andar en cuatro pies,» después de una larga permanencia en la capital de Francia y de seguir su movimiento dramático, no teniendo el alma muy entera, darían ganas de prescindir de todo respeto social y declararse desligado de todo deber para con nuestros semejantes. Aquella nobleza de intención y de propaganda que se advierte en el más débil de nuestros autores; el comedimiento y el amor de la familia que se admira en los dramaturgos ingleses ó alemanes; las grandes pasiones de los poetas dramáticos italianos; la grandeza de alma que reflejan los escasos, pero notables, autores rusos, nada se observa en estos dramas exclusivamente *parisienses,* que, una vez estrenados aquí, dan la vuelta al mundo, envenenando rápidamente la atmósfera literaria de Europa, y haciendo desaparecer en cada país el arte dramático nacional, que de algunos años á esta parte va adoptando todas las violencias, todas las exageraciones, todas las calumnias que al corazón humano levantan estos servidores del hastiado y decadente pueblo en donde escriben.

¡Cómo! ¿la humanidad ha de ser tal y como la suponen estos pseudo-directores del corazón humano? «Para juzgar de la prosperidad de un país—ha dicho un escritor francés—hay que observar la consideración de que gozan las mujeres.» Mediten en esta profunda frase los que hayan oído (siquiera sea en idioma extranjero) en Madrid las obras celebérrimas de los dramaturgos franceses. *Dora, Frou frou, Fernanda, Fedora, La Dama de las camelias,* y tantas otras heroinas de comedias modernas francesas, son la expresión de la mujer parisiense, sin mérito ni consideración alguna. Y un teatro que reproduce estos prototipos de la mujer francesa, que no tienen parecido en ningún país de la tierra, no puede ni debe ser modelo de literatura en el resto de Europa. Por eso la honrada Alemania, con mejor sentido que nosotros, prohibe en su territorio, no solamente la representación de tales cuadros de la vida moderna francesa, sino la introducción de las novelas que engendran el teatro.

Las novelas, en París, son las generadoras de las obras dramáticas, y así vemos que de los libros de Daudet, Zola, Ohnet, Claretie y otros escritores contemporáneos, se producen los dramas ó comedias que con el mismo título que aquellas, pasan al teatro y obtienen éxitos extraordinarios. Como quiera que las novelas revelan el estado social de que nos ocupamos, las

comedias son forzosamente tan desenfadadas y libres como aquéllas. No sucedería lo mismo si las obras dramáticas se produjeran de las nobilísimas obras que los novelistas de otros países escriben con mejor intención y puntos de vista más sinceros. Los libros de Dickens, de Tourgueneff, ó de Pérez Galdós, llevados al teatro, serían ejemplo á la multitud y conmoverían el alma, ennobleciéndola; pero de las miserias y debilidades humanas que pintan con descarnado estilo los novelistas contemporáneos franceses, ¿qué puede surgir sino desencanto, hastío y repugnancia de la vida?

Hacen, pues, notable daño á la generación presente estas obras francesas que corren por el mundo en triunfo y como modelos de una literatura *nueva*, á la que rinden culto los que, faltos de patriotismo en cada país, no hallan nada bueno sino viene de fuera, y á excepción de los alemanes, que han cerrado como llevamos dicho, sus fronteras á este microbio literario francés, los demás pueblos civilizados perderán, sin duda, su carácter propio si continúan en este verdadero camino de perdición de sus letras patrias.

Objetan á esto algunos críticos, que si la decadencia francesa es grande como calidad, no es menor la decadencia como producción en los demás países, y que si la España, el Portugal y la Italia reciben triunfalmente la impor-

tación literaria francesa, es porque no tienen autores de calidad en casa.

Neguémoslo en cuanto á España se refiere. Creemos que la moda y la admiración *ciega* á lo que de Francia llega ha llevado á empresarios y directores á preferir lo de fuera á lo que se produce en casa, y algo pudiéramos decir por experiencia propia de estas preferencias; pero en la patria de Tamayo, Echegaray, Sellés, Cano, Palencia, Ramos Carrión, Zapata, Marco, García Gutierrez, Ayala, Hartzenbusch, etc., y tantos otros autores dramáticos notables, no hay por qué acudir al repertorio exótico, cuando la producción nacional debía bastar á las necesidades intelectuales de un público viciado por estas ingerencias extranjeras.

Creemos, pues, y no ha sido otro el objeto que hoy nos ha movido á hablar de materia tan importante, que el teatro contemporáneo francés á cuyo estudio nos hemos dedicado cuidadosamente durante tres años, es, no solo falso, convencional y exclusivamente parisiense, sino perjudicial á la literatura europea; y que, siguiendo de moda en el mundo civilizado, lejos de llevar al mundo ejemplos y modelos de escuelas, no hará más que perjuicio.

Es esta opinión de un autor dramático que quiere conservar íntegra su manera de ser español, creyendo así contribuir, en la medida de sus fuerzas, á la conservación de un arte que

en cada país debe tener carácter propio. Otro día nos ocuparémos de los actores, ó sea del arte de la declamación, que, como decía el castizo escritor español, «capítulo para sí merece».

París, 1885.

FIN DE RECUERDOS DE PARÍS



# LOS PASAJEROS DEL BEHERA

(RECUERDOS DE VIAJE)

1869

El sol se pone; todos los viajeros están en el puente observando la caída de la tarde.

El crepúsculo no dura más que diez minutos. El sol se pone rapidísimamente; se pasa del día á la noche en un instante.

El horizonte va tomando en menos de un cuarto de hora las tintas más bellas que pueda soñar un artista. Rojizo primero, naranjado después, amarillo de oro, nacarado, rojo, color de fuego, rodeado de muchas sombras... y enseguida la noche.

Inmensas bandadas de ánades cortan la línea del horizonte. El blanco ibis viene á posarse en los palos del barco.

Nuestro buen Almanzor, un viejo marino egipcio, que es el capitán del *Behera,* eleva los brazos al cielo, se arrodilla, hunde el rostro en el suelo, vuelve á levantarse y á agitar otra vez

los brazos... Está haciendo su oración en lo más alto del entrepuente. ¡Qué fe la de este hombre!

Tres veces al día le sorprendo en esta faena: tiende un pedazo de lona para arrodillarse, y se quita sus enormes zapatos para hacer su plegaria mirando hacia la Meca.

Es un excelente hombre que nos habla por señas y nos demuestra cuánto siente no poder hablar nuestro idioma. Generalmente nos ofrece entre dos y tres de la tarde, y cuando el sol abrasador casi nos asfixia, una taza de café, que, según los naturales del país, es el mejor refresco en estos climas, un café tan espeso como el chocolate obtenido en unas tazas diminutas, metidas en otras de madera doradas iguales á nuestras hueveras.

Almanzor viene con un marinero que trae las tazas, una por una, y nos la va dando sonriendo cariñosamente. Almanzor nos saluda entonces como saluda siempre aquí: es decir, se lleva la mano derecha abierta, primero á la boca y luego á la frente.

Estos árabes son buenos como nunca creí; son la misma dulzura.

Contrastan notablemente los marineros del *Behera* con la camarilla de criados de nuestro servicio, que todos son italianos, holgazanes, insolentes á quienes no se puede sufrir.

Las horas del calor las pasamos tendidos en el suelo, bajo los toldos que nos resguardan un

poco del sol. Algunos pasajeros leen, otros duermen, varios escriben, á pesar de que esto último es casi imposible.

Las moscas molestan en tales términos que no hay medio de escribir una línea: es una verdadera plaga de moscas y mosquitos la que aquí se sufre. Los mosquitos levantan ampollas terribles, hay que pasar el día espantándose las moscas, ó llevar la cara enmascarada con un velo de gasa, que es el remedio más generalmente adoptado á bordo.

¡Qué curioso estudio de caracteres! En un viaje es donde más resaltan éstos, y el nuestro es el más apropósito para estudiarlos.

Entre los viajeros que comen en la cámara de popa hay varios tipos curiosísimos. Destaca entre todos el doctor Brccca, una notabilidad de París, miembro del Instituto y persona de mérito, hombre de esos que abundan en Francia, *farçeur* insufrible, que vive haciendo ademanes, que sabe de todo, que antes de sentarse á escribir necesita traer una mesa, colocarla donde mejor se vea, hacer mucho ruído, remangarse los puños, limpiar la pluma, pasar la mano por el papel cuatro ó cinco veces, mirar á todos lados para ver si nos hemos fijado en él, y después de todo este aparato no escribe una palabra y se vuelve á llevar los trastos consigo.

Si pasa un pájaro por delante del buque el doctor necesita enseguida ir á su camarote,

sacar la escopeta, apuntar al pájaro, disparar, despertar á todos los viajeros que duermen, y dejar que el pájaro se vaya, asegurando que le ha herido en alguna parte. Trae en la maleta revolver, escopeta de dos cañones, cañas de pescar, herramientas de carpintero: siempre está viendo cocodrilos en el río y escorpiones á bordo. Si tropieza, grita como si le hubieran roto una pierna; si se fuma á su lado, se hace el interesante. El ha hecho todo lo que haya hecho otro hombre; él sabe más que todo el mundo; su voz ha de dominar siempre á bordo en todas las conversaciones. Trae unos trajes y unos sombreros hechos *ad hoc* para este viaje, que parece que va de máscara; anda manoteando y dando resoplidos; codea y empuja á todo el mundo. Si pierde algo, pone un anuncio en la cámara de popa para reclamar la prenda. Si alguien se pone enfermo, en seguida acude con treinta varas de vendaje y una caja llena de instrumentos de pinchar y cortar. Cuando lleguemos al desierto, espera cazar leones á manadas; en fin, es un hombre que á mí me divierte mucho.

Contrasta con este carácter el del escultor Guillaume que es todo dulzura. Es una especie de *rêveur* que siempre está abstraído: tipo aristocrático, limpio como el oro, vestido de negro generalmente; parece un aristócrata bien educado. Su finura con todo el mundo, la delicadeza de sus modales, su voz melosa y muy poco

acentuada (siempre habla en voz baja), y su conversación instructiva, atraen; diríase que le domina una gran pesadumbre. Hay una dulzura tal en este hombre y cierto aire agradable en su mirada, que me complazco al observarle.

No se mete con nadie; suele pasar el día ó leyendo ó escribiendo en su cartera. Cuando el sol se pone es cuando más escribe; indudablemente se fija mucho en los detalles del crepúsculo. En un viaje como este donde hay tanto de sorprendente, un hombre así es un tipo muy cómico.

Agréguese á esto que Tournemin no sabe expresar su admiración sino con cierto gesto afligido, y el tipo es completo. Vé un pájaro cualquiera de nosotros, y le dice:

—Vea usted qué pájaro tan raro.

—*¡Oh, c'est effrayant!*—exclama mi hombre.

—¿Ha visto usted aquel buque que está en la orilla?

—*¡Oh, c'est épatant!*

—Tournemin, ¿qué hora es?

—Las dos.

—¿Nada más?

—Nada más. *¡Oh, c'est affreu!*

Y así á cada minuto, á cada segundo.

Este hombre es vizco por añadidura.

El vizconde de Salen es un señorito parisiense con todos los humos del aristócrata pobre.

Trae una maleta llena de pomadas y esen-

cias; se pasa el día cortándose las uñas; habla gangoso; no salta á tierra sin su escopeta de dos cañones. Lleva un sombrero de fieltro inglés que parece el casco de un *pompier*, alrededor del cual se coloca un velo de gasa con bordados amarillos. No perdona ocasión de hablarnos de sus parientes. Bajo cualquier pretexto nos ha de contar que un primo suyo fué director de ésto ó de lo otro; que su cuñado tiene una cruz; que su hermana mayor se casó con un inspector de Aduanas. ¡Qué hombre! Su hablar gangoso y obscuro, en parisién del más cerrado, produce el mareo aún en medio del Nilo.

Es amigo de Darjón, el dibujante del *Monde ilustré*. Darjón es un bohemio con sus ribetes de farsante; su barba colorada como la que pintan á Judas, y su lente para un ojo solo *(œil creuvé)*, le dan un aire más cómico que antipático. Canta siempre, pasea por el barco en mangas de camisa y dibuja mucho, sea ó no verdad lo que dibuja. Una pipa tosca en la boca á lo estudiante de *quartier latin*, y unos botines que se pone por encima del pantalón, completan esta figura enteramente francesa.

Habla medio francés, medio en argot; se toma libertades, y á los postres nos divierte imitando tipos franceses. Su especialidad son los soldados y los imita muy bien. Parece un cómico del Palais Royal. Sería un buen compañero si no se hiciera menos simpático á causa de su

poca aprehensión. Cuando todavía estábamos en el *Moeris* con rumbo á Alejandría, ya pintaba Darjón el Nilo con sus cocodrilos en la orilla para enviar un croquis á su periódico. ¡Y pensar que los suscriptores crean estas cosas!

Uno de los caracteres más notables que hay á bordo es el químico Berthelot; bien conocido es su nombre en el mundo científico.

Es profesor de la escuela de Francia y autor de varias obras de gran fama. Este hombre ocupa en el Instituto de París un puesto envidiable, pero en el trato íntimo no tiene nada de simpático. Es el egoista en todo su esplendor. El mejor sitio, el lugar más cómodo en la mesa y el rincón preferente á la sombra han de ser para él.

Es un hombre delgado, de ojos azules y apagados, un poco pálido y bastante cargado de espaldas, y siempre parece que está meditando. Lleva un sombrero hongo todo lleno de velos verdes, blancos y azules; uno para el calor, otro para los mosquitos; ello es que le ha dado por los velos, y le flotan al aire y le caen por la espalda que da gloria verle.

Su camarote está preparado con todas las comodidades posibles á bordo.

Se acuesta temprano, y en cuanto se acuesta no quiere permitir que nadie pasee por encima de cubierta, porque el ruído de los pasos le incomoda, y siempre está dando quejas á todo el

mundo. Durante las horas del calor, baja á la cámara y hace mil mezclas con limonada, cerveza, curasao y otra porción de cosas para prepararse refrescos.

Se sienta aparte de los demás para que nadie le incomode. Cambia de sitio en cuanto un rayo de sol le llega cerca, y va de un lado á otro con la silla en la mano incomodando á todo el mundo. Lo que á él le gusta, quiere que les guste á los demás.

Se regodea cuando se hace su gusto. En fin, es el egoísmo vestido de profesor de química. Su gran pesar es no tener su camarote para él sólo. Si él hubiera sabido antes que había de vivir á bordo con un compañero, no hubiese emprendido viaje tan molesto.

Su compañero de camarote, es un hombre muy delgado y muy alto, un poco encorvado, con una nariz como el pico de un pájaro y unos ojillos pequeños escondidos detrás de unos lentes; el labio inferior muy salido, las patillas negras y la barba puntiaguda. Hay una audacia en esta fisonomía y una sacarronería tal, que siempre que este hombre habla, se adivina que se está burlando de alguno.

Su conversación es tranquila; la voz algún tanto chillona; habla muy despacio; tiene *esprit*, tiene gracia pero no es agresivo; á primera vista se conoce que está bien educado. Todos los viajeros le han elegido por oráculo. Trae un

termómetro consigo, y á cada instante hay alguien que le pregunta:

—Monsieur D'Almeida, ¿qué temperatura?

Monsieur D'Almeida lleva el termómetro metido en una especie de tubo hecho *ad hoc* en la solapa de la levita. Cada vez que le preguntan, ¿qué temperatura? saca su aparato, que es de una delgadez extrema, lo agita al aire varias veces con mucha calma y responde:

—Tantos grados.

—*¡Oh, c'est épatant!*—dice Tournemín.

—Eso no es nada,—dice el doctor Brocca;—mientras no estemos á 52° no hay que asustarse.—Y nos mira como diciendo;—¡Admiráos de mi valor, infelices!

El pintor Gerome, célebre en todo el mundo, habla poco con la gente, tiene un pequeño círculo de amigos que parece como que necesitan estar contentos con él. Lambert, Joung, Fromentin, Berchere, le rodean siempre. Se mantiene por lo regular á cierta distancia de los demás viajeros; se adivina á la legua que es un hombre pagado de sí mismo. Es artista, le sonríe la gloria y tiene mucho dinero. Se ríe de todo el mundo, y no sé si hace bien; lo que sí sé es que este hombre no me gusta, y no es descortés ni grosero; es un hombre con quien nadie puede tener franqueza, es un caballero que saluda á los demás y les contesta si le preguntan, pero nada más.

Lo siento, porque sus cuadros me encantan, y no pude nunca figurarme que el autor me había de dar un desengaño. Hasta su fisonomía es poco agradable; un hombre muy moreno, con un bigote largo y muy crespo, parece un sargento vestido de paisano. Fromentin, su compañero de gloria y de fortuna, es el tipo opuesto dentro del mismo carácter. Todo es cortesías y saludos este caballero. Yo creo que por miramiento no viaja con guantes blancos. La exageración de los saludos y de las buenas palabras; pero ninguna expansión, ninguna expontaneidad. Para cortesano, admirable; para compañero de viaje, insufrible. ¡Qué de repulgos, qué de dengues, qué de *sensiblería!*

Es un hombre chiquito, nervioso, colorado, delgado, con una barba castaña y la cabeza calva; los pies diminutos, las manos infantiles. ¡Ay, qué hombre! Lambert es hablador en francés y en castellano. Impetuoso, vivo, robusto y fuerte como ninguno de nosotros, joven, moreno, pelo y bigote negros: la juventud y la fuerza. Habla de prisa, es bromista y apasionado, habla de política; detesta á los prusianos; murmura de la emperatriz; ha sido en España inspector de ferrocarriles; es en Francia secretario del *Monitor;* incansable para verlo todo, para escribir, para fumar, para hablar con todos y cada uno: lo que se llama en España un hombre *guapote*.

Young, amigo suyo, cuñado de Gerome, es un muchacho que tiene muy mala educación, y que por la menor cosa se insolenta con sus amigos; está en su derecho, supuesto que se lo toleran.

Ferny, otro tipo, tipo completo. ¡Cuán cierto es que las apariencias engañan!

Este hombre, bajo, con los ojos de besugo, la cabeza recortada, un sombrero de paja de la altura de un sombrero de copa, sin andar sosegado y su aspecto de sacristán, hace recordar á los españoles todos el neo-católico de nuestro país. Si no tuviera barba tendría todo el aspecto de un cura vestido de paisano. Su hablar meloso y su mirada temerosa, y sus manos casi siempre cruzadas sobre el pecho, le dan un aire místico que no cabe más. ¡Pues este hombre es un redactor del *Temps* el periódico más republicano de Francia!

¿Y qué diremos de Senordmand, el egiptólogo voluminoso?

Un joven frescote, lleno de vida, alto, fornido, gordo, colorado, exagerado en la pronunciación, un poco pedante, grosero, parlanchin, pero de buenos aguantes. Es la diversión de los demás; es el hombre gordo que da motivo á todas las bromas. Tiene un colega, ó mejor dicho un rival, otro muchacho egiptólogo hijo del país, pero educado en Francia que se llama Donino. Es un africano de ojos negros y penetrantes, bajito, muy listo, como todas las personas de poca es-

tatura. Se goza de que los demás hagan rabiar á Senormand, y á riesgo de humillarle en punto á conocimientos arqueólogicos, nos sirve de cicerone admirablemente.

Pero que tiene más talento que el otro; sobre todo se explica mejor, y esta es una gran ventaja que le atrae las simpatías generales.

El doctor Izambert es la calamidád que pesa sobre nuestro vapor y sobre todos nosotros; sin embargo, es un hombre digno de estudio. Algunos compañeros que le conocen hace años me han dado noticias curiosas de este hombre raro.

Su talento y su instrucción son extraordinarios. Tiene la sed del estudio. Principió por ser secretario de una Embajada; se cansó de su empleo y se hizo abogado. Como abogado, hubiera sido una de las glorias del foro francés; pero se le puso la idea de ser médico y se hizo médico. En los hospitales de París se venera su nombre. Hace algún tiempo que se le ocurrió la idea de publicar una *guía del viajero en Oriente*, que es la que se vende en toda Europa con el título de *Guia Isambert-Joane*. Joane es su colaborador en esta obra colosal, que tiene más de mil páginas, á dos columnas, de letra imperceptible; ilustrada con grabados, mapas y todo género de datos. Los viajeros la prefieren á todas. Seis años le ha durado llevar á cabo este trabajo, que indudablemente es el mejor que ha hecho en su vida.

En la actualidad es fotógrafo; en calidad de tal, hace el viaje á Egipto. Es un hombre incomprensible. Se insolenta con todo el mundo. Exige cosas imposibles. Pretende obligar al virrey como si éste le estuviera obligado. Se queja de todo; amenaza con protestas en la prensa parisién de que no se nos dé más café, de que no se nos den cigarros á pasto, de que no tenga un cuarto apropósito para todos los chirimbolos que trae consigo; y habla muy de prisa y en voz baja; y las palabras se le atropellan en la boca; codea y empuja y nos perfuma con los ingredientes de la fotografía, y anda siempre quitando vasos de la mesa para verter en ellos todos esos aguachirles que trae consigo. Por la menor cosa arma una pelotera con Tonino-Bey, el director de nuestra expedición.

Y llegó ya el momento de hablar de este hombre *sui géneris*.

Tonino-Bey es en la corte del virrey una especie de maestro de ceremonias. *Oficier de cèremonies de son altesse le vice roi d'Egipte*, dicen sus tarjetas. Un bey, en efecto, es una persona de categoría. Este título equivale al de coronel, y en general revela un hombre superior á los demás, según el respeto que el pueblo les tiene.

La mayor parte de estos beyes son extranjeros. Tonino es italiano; dulce como pocos, amable como ninguno; tiene el dón de saber vivir.

A nada dice que no; á todo el mundo da buenas razones.

—¿Llegaremos pronto á tal parte?

—Muy pronto.

—¿Cuándo?

—Al alba.

Al alba es una frase sacramental, y llegamos cuando Dios y él quieren.

Si algún viajero se queja de que vamos despacio, ahí está él para prometer que iremos más de prisa. Si otro dice que nos detengamos en éste ú otro sitio para mirar algo que tenga fama, como no convenga á los planes de Tonino, siempre tiene á mano una excusa, á la que no se puede objetar nada. Él sabe siempre que por donde no debemos pasar hay inundaciones que nos lo impiden; y que por donde él quiere que vayamos, todo es fácil y hacedero.

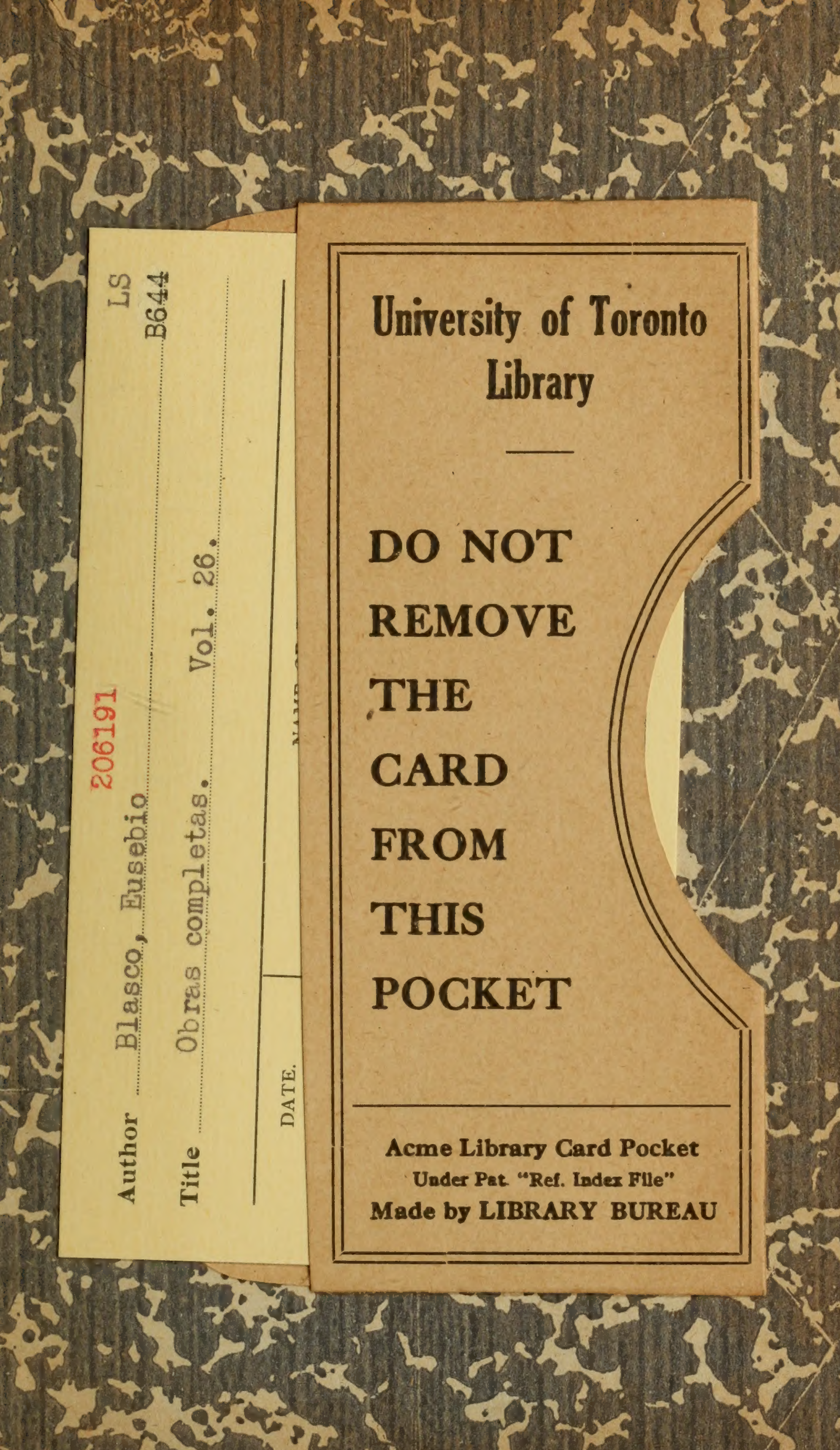
Ha tomado el sistema de no hacer caso de nadie, aparenta que da gusto á todos, y con la mejor cortesía del mundo hace un viaje de placer; se da buena vida... y voy creyendo que hace perfectamente, porque si este hombre fuera nervioso, ó se dejara llevar de tantas opiniones y gustos diferentes, á pesar de que no hemos hecho más que empezar la expedición, tenía ya motivo suficiente para arrojarse al río.

FIN DEL TOMO XXVI

# INDICE

Páginas.




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS
B644
206191
Author Blasco, Eusebio
Title Obras completas. Vol. 26.
DATE.

